

EL ESTADO EN EL MUNDO DURANTE EL SIGLO XX

Claves para entender el mundo del siglo XXI

**Del auge de la estatalidad, a la crisis y
reconversión del Estado**

*Ramón Fernández Durán
Miembro de Ecologistas en Acción*



La destrucción de Leviatán. Fragmento del Grabado de Gustavo Doré, 1865.

ÍNDICE

- **Introducción (pág. 4)**
- **El Estado antes de la Segunda Guerra Mundial en los países centrales (pág. 5)**
- **El Estado del Bienestar en los “Treinta Gloriosos” (pág. 9)**
- **El (nuevo) Estado-nación en el Sur Global (pág. 11)**
- **NNUU: ¿Un “parlamento” estatal mundial? (pág. 14)**
- **Crisis del Estado Social, Contrarrevolución Neoliberal y endurecimiento del Estado (pág. 17)**
- **Terapia de Choque, Dictadura, Democracia y Estados Fallidos en el Sur Global (pág. 21)**
- **Crisis, colapso y reconversión brutal del Estado del Socialismo Real (pág. 24)**
- **El imperio global del capital y la “regionalización” inter y supraestatal del Estado (pág. 30)**
- **Globalización, metropolización y nueva gobernanza estatal y subestatal (pág. 35)**
- **Bibliografía (pág. 41)**

(*) Este texto forma parte de un libro en elaboración por el autor que trata sobre la Crisis Global multidimensional y el previsible colapso civilizatorio hacia el que caminamos, vistos a partir de una amplia perspectiva histórica, y en el que se hace una especial reflexión sobre la agudización de la crisis energética mundial. Este trabajo es una pieza más del análisis del siglo XX, a la que se dedica una especial atención debido a la importancia de la evolución del papel del Estado en el despliegue del capitalismo global, y viceversa. Como este texto tiene contenido en sí mismo, el autor piensa que puede tener interés difundirlo en su actual grado de elaboración. Sólo señalar que el análisis más en concreto de los cambios acontecidos tras el 11-S, a partir de la irrupción de la gestión “neocon”, así como la progresiva agudización de la crisis de los Estados a causa de la Crisis Global, no se ha tratado en este texto, pues será abordado más adelante en el futuro libro. Pero en cualquier caso, la evolución del Estado a lo largo del siglo XX es clave para entender algunas de las características de la Crisis Global actual. Agradezco a Jaime Pastor, Luis González, Kolya Abramsky, Patric de San Pedro, Gregorio Ballesteros, Ana Hernando y Chusa Lamarca sus comentarios, así como el trabajo realizado por esta última para el diseño de este texto. Finalmente, doy las gracias a Ecologistas en Acción y a la editorial Virus por la futura edición de este libro, así como a la Fundación Deep Ecology por el apoyo recibido.

“Braudel vincula la formación y reproducción ampliada del capitalismo histórico como sistema-mundo a los procesos de formación de Estados, por un lado, y a la creación de mercados, por otro. La opinión convencional en las ciencias sociales, en el discurso político y en los medios de comunicación de masas es que el capitalismo y la economía de mercado son más o menos idénticos, y que el poder estatal es antitético a ambos. Braudel contempla el capitalismo como absolutamente dependiente del poder del Estado, en su emergencia y expansión y como antitético a la economía de mercado”

Giovanni Arrighi, “El Largo Siglo XX”

“Cuando la explotación adopta la forma de intercambio, la dictadura adopta la forma de democracia”

Moore, S.W., “La Crítica de la Democracia Capitalista”

“Mientras que el capitalismo no puede coexistir con el Estado del Bienestar, tampoco puede existir sin él”

Claus Offe, “Contradicciones del Estado del Bienestar”



Frontispicio de la primera edición del *Leviatán* de Thomas Hobbes. 1651

Introducción

En el siglo XX, la forma Estado, y muy en concreto el Estado capitalista, se amplía al mundo entero. Sobre todo en la segunda mitad del siglo cuando irrumpen gran número de nuevos Estados tras el fin del dominio colonial europeo. A finales del siglo, el sistema-mundo de Estados tiene por tanto una proyección planetaria. Un rasgo específico del capitalismo global actual, que no se había dado en sus otras etapas históricas. Pero este sistema-mundo de Estados es un sistema fuertemente jerarquizado, aunque en constante movimiento debido a la intensa competencia entre ellos, de forma que el Estado que no sube, o logra mantenerse, cae. Si bien en ocasiones los Estados cooperan entre sí, en grupos (a su vez jerarquizados; la UE, p.e.), para mejor resistir esa competencia y llegar a posicionarse más aventajadamente, juntos, en la jerarquía estatal global. El Estado que va a extenderse a escala mundial es el Estado-nación, que ya empezó a desarrollarse como ya vimos en el siglo XIX, pero que culmina su concreción en las primeras décadas del siglo XX en los espacios centrales, actuando de agente nacionalizador activo de sus sociedades¹, y propagándose más tarde esta forma de Estado a los territorios periféricos tras su independencia del yugo colonial.

El Estado-nación, va a ser pues la representación institucional más significada del Estado-moderno en esta nueva época, con nuevas competencias y con una estructura burocrática cada vez más compleja y cambiante a lo largo del siglo, que corre paralela al creciente consumo energético que posibilita su despliegue. Pero, eso sí, con unas diferencias abismales entre los Estados centrales y de mayor recorrido histórico, y aquellos periféricos y de más reciente creación. Y en todos ellos con dos “naciones”, la rica y la pobre, dentro de unas mismas fronteras estatales, con mayor o menor proporción de “clases medias” y de desigualdad social. A lo largo del análisis de la enorme diversidad de transformaciones del siglo XX, hemos mencionado cambios acontecidos en las estructuras estatales, pero ahora queremos sistematizar y ampliar dicho análisis, para mejor entender (más tarde) las características de la actual Crisis Global, y de qué forma va a afectar al Estado la presente crisis sistémica, el futuro declive energético y el previsible colapso civilizatorio que se avecina.

De cualquier forma, la crisis del Estado ya se viene manifestando desde las últimas décadas del siglo pasado, y se está acelerando con la Crisis Global actual. Pero la crisis del Estado se concreta de una forma diferente en el Centro, o centros, que en la Periferia, o periferias y semiperiferias, pues el Estado también adquirió una mayor institucionalización y legitimación, en general, en los primeros espacios que en los últimos. Y porque los Estados centrales disponen de instrumentos monetarios y de fuerza política y militar, que los Estados periféricos y semiperiféricos no tienen, aparte de albergar a los principales actores empresariales y financieros mundiales y de beneficiarse de su posición de dominio. Es por eso por lo que la crisis del Estado a finales del siglo XX va a cristalizar con más fuerza, como señalaremos, en muchos de los territorios periféricos o semiperiféricos. Además, los Estados periféricos se encuentran subyugados por el tema de la deuda externa (exigible)², que quizás sea una de las líneas más claras de separación entre Estados centrales y periféricos. Pero a este eje divisorio habría que sumar, o añadir, la posesión o no de combustibles fósiles, y en concreto de petróleo, pues la disponibilidad y el control de esa energía concentrada bajo su subsuelo les va a dar un importante poder adicional, cada día más estratégico. Aunque para muchos de ellos, sobre todo para sus poblaciones, este regalo de la geología sea más una maldición que una bendición.

¹ Creando “pueblos” allí donde sólo había “multitudes”, en palabras de Paolo Virno (2006).

² Algunos de los Estados poderosos manifiestan unos elevadísimos niveles de endeudamiento, caso por ejemplo de EEUU, pero dicho endeudamiento es en general de carácter no exigible (ver Carpintero, 2009), aparte de que por su posición de dominio mundial las políticas del FMI no se les aplican.

Por otra parte, el Estado es la máxima expresión institucional de las relaciones de poder, incluidas por supuesto las relaciones de poder patriarcal. Y por ello el Estado es también la cristalización del conflicto social, del equilibrio inestable entre intereses conflictivos de clase, género, étnicos, etc., y no solo una prolongación sin más de los intereses del capital. La misión principal del Estado es garantizar la acumulación de capital y la reproducción social, así como lidiar con la relación conflictiva entre ambas lógicas, pues el mercado no puede funcionar por sí solo (Jessop, 2008). El mercado para su funcionamiento diario depende del Estado y de la sociedad, en especial de todo el trabajo no remunerado que se produce en el ámbito doméstico, principalmente realizado por las mujeres; y, por supuesto, de la capacidad de apropiarse y utilizar recursos y sumideros naturales. De esta forma, y en lo que a la dimensión social se refiere, el Estado (en el mundo dominado por Occidente) ha transitado una especie de curva de Gauss a lo largo del siglo XX, pasando de ser un Estado fuertemente liberal al inicio del siglo, a un Estado social en las décadas centrales del mismo, sobre todo en los territorios centrales occidentales, para acabar otra vez con un tipo de Estado de corte “neoliberal” a finales del siglo. Lo cual ha significado el desmantelamiento de muchas de las conquistas políticas y sociales alcanzadas. Esa curva se corresponde *grosso modo* con la evolución del conflicto social a lo largo del siglo, como veremos más tarde. En los territorios periféricos el Estado social prácticamente no llegó a despegar, o lo hizo en algunos enclaves mundiales de manera bastante limitada. Y en el Este, el Estado tenía ciertas similitudes estructurales con el Estado capitalista, debido a la construcción también de la Sociedad Industrial por parte del Socialismo Real, pero con importantes características propias, antes de su crisis o colapso. Muchas de las cuales ya se han mencionado.

Por último, antes de adentrarnos a desbrozar algo más estas cuestiones, es importante señalar que las formas de gobierno han cambiado a lo largo del siglo pasado de forma significativa, adaptándose a las dinámicas de la evolución del capitalismo a escala mundial, y han estado condicionadas indudablemente por la capacidad de contestación y rebelión de sus sociedades. En cualquier caso, el siglo XX es un periodo histórico en el que todos estaban seguros de que la Historia estaba del lado del Progreso, y eso daba en general una considerable estabilidad a las sociedades y al Estado, el encargado de impulsarlo, a pesar de las importantes rupturas, guerras y transformaciones políticas habidas (Wallerstein, 2004). Sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, cuando tanto las sociedades del Centro y la Periferia capitalista, como las nuevas sociedades llegadas al Socialismo Real, depositan una enorme esperanza de transformación en el Estado y el Desarrollo, en paralelo a un incremento del consumo energético sin precedentes, en especial de petróleo. Esa esperanza se deteriora de forma considerable en torno al 68, y la fe en el Estado se empieza a truncar seriamente desde finales del siglo XX, sobre todo en los espacios periféricos. Todo lo cual anuncia también una fuerte erosión de la legitimidad del Estado de cara al futuro. Las nuevas legitimidades como hemos visto se sitúan y se sustentan en el mundo de la realidad virtual, y ya no en la esfera de lo político de la realidad real (Fdez Durán, 2009). Pero estas nuevas legitimidades basadas en la anestesia social mediática son débiles, sobre todo ante crisis muy profundas, como las que se avecinan, debido al previsible declive energético.

El Estado antes de la Segunda Guerra Mundial en los países centrales

El Estado-nación se fraguó lentamente como representante legítimo de la “nación”, sustentado en la ficción del “pueblo” soberano, una vez que las estructuras de poder dejaban de legitimarse desde el Cielo, y tenían que buscar su legitimidad aquí en la Tierra, especialmente desde la Revolución Francesa. Pero como nos dice Wallerstein (2004) “en casi todos los sitios el Estado ha precedido a la nación, y no a la inversa, a pesar del mito contrario (...) Y a unas sociedades de clases fuertemente divididas

había que conculcarles un solo sentimiento, una sola lealtad y una sola abnegación. Una tarea para nada fácil. Y a esa ‘unidad’ es lo que llamamos identidad nacional. El gran programa del liberalismo (del siglo XIX y primeras décadas del XX) era crear naciones desde los Estados”. Algunos de muy reciente creación entonces, incluso en Europa, como ya comentamos al abordar el siglo XIX. Pero para lograr tan loable fin era preciso dar algo a cambio, sobre todo en un periodo histórico de fuerte turbulencia social y lucha de clases. Es por eso por lo que se empieza a construir muy tenuemente un embrión de Estado social, en algunos de los Estados liberales de la época, para que los ciudadanos percibieran unos mínimos derechos de ciudadanía. Así, parte de la riqueza que fluía desde las colonias se iba a dedicar a atender estas necesidades, para no grabar con impuestos a las elites. Y eso ayudaba al objetivo de desactivar el conflicto social, al tiempo que se construían en algunos Estados sistemas parlamentarios de partidos políticos, con el fin de canalizar la resolución de conflictos hacia las instituciones. De esta manera, el “pueblo” se iba a sentir identificado con el Estado en su expansión y explotación colonial, pues nacionalismo y racismo iban de la mano, en un momento además que se le iba a llamar para defenderlo por las armas, pues se estaba fraguando la Primera Guerra Mundial.

Pero las democracias parlamentarias a principios del siglo XX podían contarse con los dedos de las manos. Apenas 15 países tenían sistemas formalmente democráticos (a comienzos del siglo XIX eran tan sólo 3: EEUU, Francia y Suiza). Y después de la Primera Guerra Mundial los Estados democráticos saltan a 25, Alemania entre ellos (Taylor, 2008). En general los países más ricos de Europa Occidental, aparte de EEUU. La democracia parlamentaria era una forma de aminorar la fuerte confrontación social y la falta de legitimidad de las estructuras de poder político, muy clara desde la segunda mitad del XIX (tras las revoluciones de 1848), pues el voto desactivó las ideas más radicales sobre la participación colectiva en la toma de decisiones (Wallerstein, 2004). De esta forma se afianza en el seno de la Segunda Internacional la vía reformista para la toma del poder del Estado de forma parlamentaria.

Sin embargo, la inmensa Rusia carecía de Parlamento, y la quiebra del Estado imperial a resultas de la Gran Guerra, pues “el poder estaba tirado en las calles” (Wallerstein, 2004), orientó a los bolcheviques a la toma del poder por la vía insurreccional, dando lugar a la Revolución de 1917. El conflicto en el movimiento obrero entre Reforma y Revolución (conflicto Leonard Bernstein-Rosa Luxemburgo) estallaría poco después en el seno de la II Internacional, pues además ésta estaba profundamente dividida como resultado del apoyo de muchos de los partidos socialistas a sus burguesías para lanzar la escabechina de la Primera Guerra Mundial. Es poco después cuando se produce la gran división en el movimiento obrero internacional de corte marxista, creándose la III Internacional (Komintern, 1919), impulsada por Lenin tras la revolución, que denuncia además la aceptación del dominio colonial (y de sus beneficios) por parte de la mayoría de los partidos socialdemócratas europeos. Lo cual va a posibilitar el acercamiento del Komintern a los Movimientos de Liberación Nacional en África y Asia, en esos años en considerable auge. Además, la nueva Rusia permite la independencia de algunos de los territorios bajo el dominio imperial de los zares, lo que reduce la dimensión de su proyección territorial, aunque vuelve a recuperar su hegemonía sobre gran parte de los mismos (salvo Finlandia) a través de la creación subsiguiente de la URSS (Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas). Un nuevo super-Estado.

De cualquier forma, la democratización del Estado en el ámbito occidental era una solución mucho más formal que real, pues una vez logrado (no sin luchas) el sufragio universal masculino a finales del XIX y primeros del XX³, y poco a poco la legalización

³ El sufragio universal femenino llegaría después, con algunas décadas de diferencia, y no sin fuertes movilizaciones de las organizaciones de mujeres, en concreto las sufragistas, como ya hemos señalado.

de los partidos políticos y sindicatos de izquierdas, lo que se elegía de la estructura estatal era tan solo la “superficie” o la “envoltura” del aparato del Estado, y todo ello condicionado además por múltiples artificios favorables a las estructuras de poder⁴. Así, se elegía a los parlamentos respectivos, aunque muchas veces no a los componentes de las Cámaras Altas, la de los Lores en Gran Bretaña, p.e., que podían paralizar o revocar actos legislativos de la Cámaras Bajas; y en éstas a su vez, tenían que formarse las mayorías parlamentarias precisas para garantizar el gobierno del Estado. El gobierno por otro lado elegía a los altos cargos del poder ejecutivo. Pero más del 95% del Estado era, y es, una estructura burocrática que no se elige, y que permanece inalterada en el tiempo, dando una fuerte continuidad a las políticas que se aplican, haciendo muy difícil cambios sustanciales, salvo en periodos de fuerte conflicto y ruptura social. Períodos por así decir de poder constituyente, donde se pone en cuestión en mayor o menor medida el poder constituido (Negri, 1994). De esta forma, nadie elige por supuesto a un comisario de policía, a un juez y sobre todo a un coronel o a un general. No en vano el Ejército es la columna vertebral fuertemente jerarquizada y militarizada del Estado, que garantiza en última instancia la adecuación de las políticas estatales a los intereses dominantes. A través de un Estado de Excepción (junto con la Policía) para contener a las “clases peligrosas” en momentos de fuerte crisis de dominación, o mediante un Golpe de Estado militar, si es preciso, llegado el caso. Sin embargo, una de las características de las primeras décadas del siglo XX, y en especial del periodo entre guerras, fue la fortaleza del movimiento obrero, que era capaz de establecer organizaciones paralelas al Estado para garantizar en la medida de lo posible la cobertura de necesidades sociales de sus miembros, ante la extrema debilidad del Estado Social. Estas estructuras autónomas eran un peligro para el propio Estado, y una de las razones de la creación (más tarde) de un pujante Estado Social fue desmantelar estas organizaciones paralelas que escapaban a su control, y que eran instrumentos de expansión del movimiento y la cultura e ideología obrera, al tiempo que desde el Poder se daba respuesta también a las demandas obreras.

Por otra parte, a finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, se desarrollan estructuras organizativas fuertemente burocráticas, no sólo dentro del propio Estado, sino asimismo en las grandes empresas de este periodo de progresivo predominio del capitalismo monopolista y de la lucha interimperialista por el control de los espacios coloniales. Eran, como nos dice Weber, verdaderas “Jaulas de Hierro”, sumamente estratificadas y jerarquizadas, aunque también pudieran llegar a ser un hogar psicológico, que confería una cierta estabilidad y perspectiva profesional de medio plazo a los trabajadores. La pirámide weberiana se convirtió en la realidad que dominó vastas organizaciones hasta el último tercio del siglo XX, necesaria para procesar actividades complejas que requerían el manejo de cantidades crecientes de información. Incluso el Estado del Bienestar también adoptaría, más tarde, la forma de una pirámide burocrática. De esta forma, Weber no se sorprende que en la primera mitad del siglo XX hubiera tanta guerra, pues las organizaciones de corte “militar”, se vuelven el modelo de la sociedad civil, en la fábrica, la escuela pública obligatoria (que se empieza a generalizar), la cárcel, etc., y por supuesto en el Ejército, configurando la llamada sociedad disciplinaria (Sennett, 2006; Weber, 2002; Foucault, 1976). Además, el moderno sistema educativo estatal que irrumpía en ese periodo, en general gratuito y universal, era quizás el principal encargado entonces de inculcar el sentimiento patrio. Un servicio estatal donde se preparaba a las generaciones jóvenes para las necesidades tecnológicas y organizativas del aparato productivo, pero también para la reproducción y defensa del Estado. Y la defensa exterior del Estado estaba garantizada por el Ejército, y sujeta a un servicio militar obligatorio, sustentándose en

⁴ Distinta valoración de los votos de las áreas rurales y urbanas (más proclives a los partidos de izquierdas), sobre todo a través de la definición de las circunscripciones electorales; necesidad en muchos casos de registrarse para votar, etc.

una potente industria armamentista propiedad del Estado. Una característica recurrente desde los inicios del capitalismo industrial, como hemos visto.

En esos años, asimismo, y en paralelo al establecimiento de la documentación ciudadana que acreditaba la pertenencia a un determinado territorio nacional, los Estados delimitan y controlan claramente sus fronteras, unos límites geográficos que habían sido mucho más permeables a lo largo del siglo XIX. Como nos dice Foucault (1976), asistimos a un creciente control político de las poblaciones, una verdadera política de poder del Estado sobre lo social, o biopolítica, que se manifiesta claramente en las políticas demográficas. “El crecimiento de la población ha sido uno de los objetivos de los Estados, basados en el poder del número de sus habitantes y que vieron en su población la fuente de recursos de su capacidad bélica y fiscal”, sobre todo porque en el tránsito del siglo XIX al XX se observa en algunos países centrales un cierto declive de la tasa de expansión demográfica, aparte de un incremento de las migraciones hacia el resto del mundo. “El poblacionismo es típico de los regímenes dictatoriales y totalitarios, fascismo, nazismo, estalinismo, franquismo, salazarismo”, etc., que florecen en el periodo entreguerras, como respuesta a la Rebelión de las Masas de esos años, y como razón de Estado (y del capital) también para conseguir fuerza de trabajo con el fin de mejor impulsar el industrialismo (Domingo, 2008). De esta forma, diversas democracias nacientes sucumben en este periodo, lo que supone igualmente una fuerte regresión androcrática (Eisler, 2003). “Pero también la expansión demográfica se promueve en algunos Estados democráticos como Francia, ante el peligro de la invasión de países más poblados como Alemania y el miedo a la ‘colonización’ por los inmigrantes extranjeros” (Domingo, 2008). El natalismo y las políticas a favor de la familia están por tanto muy relacionados con el nacionalismo, con el fin de crear igualmente microespacios de poder patriarcal ligados al Estado. Finalmente, las políticas de población buscaban favorecer la expansión de determinadas poblaciones e impedir otras. El nazismo sería el que llevaría esta política más lejos, para mejorar e impulsar la “raza aria”, con la esterilización forzosa para prevenir enfermedades hereditarias y degenerativas, hasta acabar en el racismo eugenésico de Estado del Holocausto.

Por otro lado, el desarrollo del Estado social experimentó un cierto salto adelante en el periodo entre guerras, tras la llegada al gobierno en ocasiones de algunos partidos socialistas después de la Primera Guerra Mundial (en Gran Bretaña, Francia, Alemania, etc.). A lo que contribuyó también el hecho de que el Estado no estuviera sometido a la feroz disciplina monetaria, una vez que el patrón oro había quedado tocado de muerte durante la Gran Guerra. De esta forma, la política presupuestaria de los gobiernos podía ser más expansiva en materia social, aparte de que los partidos socialistas forzaron una ampliación de la presión fiscal sobre los sectores más ricos de la sociedad. El intento de volver en parte al patrón oro durante los años 20 y primeros años 30, cortó muchas de estas iniciativas, aparte de las respuestas y el boicoteo de las elites a las mismas, por vías parlamentarias o extraparlamentarias. Quizás donde el desarrollo del Estado social y, sobre todo, el intervencionismo del Estado en la economía, tuvo un papel más destacado en el periodo entreguerras, fue en EEUU, donde Roosevelt impone el New Deal para luchar contra las consecuencias de toda índole de la Gran Depresión. El Estado establece un nuevo pacto con el capital y con el trabajo, reconoce plenamente a los sindicatos y favorece la concertación de éstos con el capital en el seno de la Gran Fábrica fordista (p.e., en la industria del automóvil), establece una legislación laboral y social más proclive a los intereses de los trabajadores, y mete en gran medida en cintura al capital financiero (“Washington se impone sobre Wall Street”) (Arrighi, 1999). En definitiva, un compendio de medidas keynesianas y sociales que no logra atajar el fuerte paro de la Gran Depresión hasta que finalmente, a finales de la década de los 30, estas políticas se acompañan de una fuerte inversión pública en materia militar, ante el auge de conflictos político-militares previos a la implicación de EEUU en la Segunda Guerra Mundial.

Finalmente decir que en la primera mitad del siglo XX asistimos a la creación de un considerable número de nuevos Estados, como resultado del fin de la Primera Guerra Mundial, de la quiebra subsiguiente de los imperios austro-húngaro y otomano (aparte del ruso, ya comentado), y de la aplicación del Tratado de Versalles. Por un lado, en la Europa central y del Este (en los Balcanes) se promueven nuevos Estados formalmente soberanos, pero con gran debilidad institucional y débil arraigo y legitimación social, aparte de que se plantean sobre realidades socio-culturales y étnicas muy complejas. Y por otro, en Oriente Próximo y Medio se establecen nuevos Estados también, pero bajo la supervisión directa (Protectorados) de las grandes potencias coloniales europeas (Gran Bretaña y Francia), de acuerdo con lo establecido en Versalles y en el marco de la Sociedad de Naciones, con delimitaciones arbitrarias y con el reparto del petróleo de la región como telón de fondo. En definitiva, Estados títeres en una región reacia al dominio occidental y potencialmente convulsa. De esta forma, se observa un fuerte reforzamiento de los grandes Estados vencedores en la Gran Guerra, que se reparten también los restos coloniales del imperio alemán, ampliando su proyección mundial. Mientras tanto, Japón e Italia, con regímenes dictatoriales, se expanden militarmente en sus ámbitos más cercanos del Sur Global, y EEUU afianza su presencia en América Latina y especialmente en el Caribe, además de en el Pacífico. En definitiva, todos los Estados centrales de la época se refuerzan, salvo Alemania hasta los años 30, que recupera rápidamente el tiempo perdido después con la llegada de Hitler al poder. Los combustibles fósiles cumplen un papel muy importante en este reforzamiento estatal, y en su industrialización, yendo al alimón el carbón y el petróleo. El primero bajando su peso proporcional en la matriz energética, y el segundo claramente subiendo.

El Estado del Bienestar en los “Treinta Gloriosos”

El Estado Social no se consolidaría definitivamente en los Estados centrales hasta el fin de la conflagración mundial. Hizo falta una crisis mayúscula mundial, una quiebra prácticamente total de las estructuras de los Estados de Europa occidental, un auge sin precedentes de la movilización social (incluida las fuerzas armadas populares de la resistencia contra el dominio nazi y fascista), y un avance de la proyección de la URSS hasta la mitad de Europa, para que las fuerzas de la derecha y el capital se avinieran a negociar con las de la izquierda parlamentaria un nuevo modelo de Estado. Les iba la vida en ello. Los gobiernos socialistas prácticamente coparon el panorama político europeo occidental durante treinta años, y en donde no fue así las fuerzas cristiano-demócratas aplicaron políticas parecidas. El Estado, más que nunca, se convirtió en el campo de cristalización institucional (o estatización) del conflicto social (Holloway, 2002). Se abrió pues un nuevo pacto entre el capital y el trabajo, que afectó a todo el edificio institucional estatal, pues era el Estado el que lo iba a garantizar. Pero, además, para hacer posible este nuevo pacto, la “muchedumbre”, a través de su representación institucional, fue admitida en el corazón de la creación del dinero, y los bancos centrales pasaron a nacionalizarse, o estatizarse, en muchos de los países centrales; o bien el Estado ganó una mayor influencia sobre ellos, aparte de que se crearon muchos bancos estatales. Lo que junto con el fuerte incremento de la fiscalidad sobre los sectores más favorecidos permitió una ampliación muy sustancial del gasto público social. El Estado Social cristalizaría principalmente en Europa Occidental, y en especial en los países nórdicos, el paraíso del Estado del Bienestar, mientras que experimentaría un menor desarrollo en EEUU y en Japón, en donde fueron las grandes empresas las que principalmente se harían cargo de sus trabajadores (sanidad y pensiones), complementando las menores ayudas del Estado. La esfera pública en Europa Occidental fue pues bastante más amplia que en EEUU. Y esa esfera pública, a través del “salario social”, que desvinculaba la renta del empleo, actuó como un redistribuidor de la riqueza.

De esta forma, las políticas keynesianas de fuerte intervencionismo estatal en la economía fueron hegemónicas durante todo ese periodo, y el liberalismo económico pasó a mejor vida. Además, muchos sectores clave de la economía que antes estaban en manos del capital privado pasaron a estatizarse (producción eléctrica, transportes ferroviarios y metropolitanos, abastecimiento de agua, telecomunicaciones, etc.), sobre todo en Europa occidental, algo que ya se había iniciado en el periodo entreguerras. Pero también, en menor medida, en otros países centrales de la órbita occidental. Las inversiones no resultaban lo suficientemente rentables para el capital en estos sectores, y las fuerzas del capital permitían que fuera el Estado el que los tomara a su cargo, para asegurar un mejor aprovisionamiento y cobertura al conjunto de las actividades empresariales. Y el Estado, a su vez, procuraba garantizar igualmente un acceso social universal a estos servicios públicos. Pero el intervencionismo estatal no se dio solamente en el campo de los servicios públicos, y especialmente en la construcción de infraestructuras, sino que los Estados intervinieron en muchos casos directamente creando fuertes emporios industriales estatales, sobre todo para impulsar la industria básica, que requería de abundante inversiones (minería, siderurgia, sector naval, etc.), de las que luego se beneficiaría también el capital privado. Un caso paradigmático de intervencionismo estatal en la economía fue Japón, con cuyo concurso se crearon gigantes industriales. Igualmente los Estados pasaron a fomentar la industrialización del mundo rural, en beneficio del capital privado. Y un sector de fuerte componente social en el que el Estado intervino abiertamente fue el de la producción pública de vivienda, como parte del nuevo pacto social, y como vía también para que se consolidara un fuerte sector constructor privado. La inversión y la promoción era estatal, pero la construcción era en general privada. La vivienda social, y en concreto la vivienda en alquiler, fue uno de los pilares clave del Estado del Bienestar.

Pero no solo se amplió la protección social por parte del Estado, aparte de que éste se convirtió en el garante de un nuevo marco de regulación laboral bastante más proclive a los intereses de los trabajadores, con la incorporación de los sindicatos a la concertación social, sino que después de la Segunda Guerra Mundial se da un avance muy importante de los derechos políticos junto con el desarrollo de los derechos sociales. Se conforma, pues, un considerable Estado de Derecho, sin parangón desde el inicio del Estado moderno, con el Leviatán de Hobbes. La pena de muerte es abolida en muchos países, acelerando un proceso que había empezado muy lentamente con el fin del Antiguo Régimen, y la política penitenciaria sufre un giro importante hacia la rehabilitación social de los presos. Pero el Estado aparte de esta considerable “cara blanda” desarrollaba en la trastienda su “cara dura”. El keynesianismo social venía acompañado también de otra importante dimensión de keynesianismo militar. Sobre todo en EEUU, que se implica en dos importantes guerras, en Corea y Vietnam, y que impulsa a fondo el gasto militar en el marco de la Guerra Fría en Europa occidental, y el conflicto entre bloques en el Sur Global. Y en menor medida, también, en los grandes Estados europeos, Gran Bretaña y Francia, que se ven obligados a hacer frente a los últimos coletazos de la revuelta anticolonial, antes de la quiebra final de sus imperios. Sin embargo, fue el desarrollo de la dimensión armamentista nuclear de estos Estados lo que va a determinar el crecimiento de la parte más oscura y opaca del nuevo Estado militarizado. Un nuevo Estado Leviatán en la sombra, que apenas se percibía tras las brumas del Estado del Bienestar. Un entramado de elites científicas, altos funcionarios, cuadros militares y grandes empresas, que van a configurar un estado de emergencia cotidiano en el ámbito nuclear, configurando la trama técnica (Estado, Ejército, Ciencia), el embrión, de una potencial sociedad totalitaria (Los Amigos de Ludd, 2007).

De cualquier forma, todo lo dicho hasta ahora no hubiera sido factible sin un creciente y monumental gasto de energía, y sobre todo de consumo de petróleo. El

Estado del Bienestar no hubiera sido posible sin el oro negro, ni por supuesto el Estado intervencionista, y hasta el militarizado en la sombra hubiera sido inviable sin este potente combustible fósil. La creación del Estado del Bienestar coincide *grosso modo* con la etapa de mayor crecimiento del consumo energético per capita de crudo. Los principales Estados occidentales, como ya hemos señalado, desarrollaron una potente política intervencionista en este terreno, creando sus grandes empresas petroleras. En EEUU fue el capital privado el que garantizó desde el primer momento la explotación del crudo, y su manejo junto con el Estado como arma estratégica de primer orden. La hegemonía de EEUU no se puede entender sin el control mundial del petróleo durante gran parte del siglo XX, y su abundante energía fósil (carbón y gas también) le dio asimismo una gran capacidad para contener internamente la lucha de clases a través de la automatización y el consumo. Igualmente, la configuración de los principales Estados occidentales no se puede comprender tampoco sin analizar los intereses de la industria del petróleo, en un primer momento estatal y que pasaría más tarde, poco a poco, a manos del gran capital privado.

En definitiva, la configuración del Estado del Bienestar garantizó un periodo de tranquilidad y prosperidad social sin precedentes, eso sí, en base a un creciente consumo de recursos e impacto ambiental, y de una forma inédita en la historia hizo que todos los ciudadanos, en mayor o menor medida, se sintieran parte del Estado. Se establecía un marco social dominado por el Estado, que era aceptado en principio masivamente por la sociedad, debido también a los beneficios que le proporcionaba. Pero indudablemente estos beneficios eran bastante más manifiestos para el trabajador masculino (y en general “blanco”), que para su compañera “ama de casa”. Así, p.e., cuando el trabajo realizado a lo largo de la vida había sido no salarial, es decir, no remunerado, no reconocido por tanto socialmente, la pensión del Estado que correspondía era de carácter meramente caritativo. El Estado del Bienestar estaba basado pues en una estructura claramente patriarcal en el ámbito doméstico, que aunque en crisis funcionaba para garantizar la reproducción social, mientras el varón trabajaba en la Gran Fábrica fordista. Pero el 68 vino a alterar todo este estado de cosas. Se dejó de creer en el Estado como mecanismo de transformación. Y la idea de que las necesidades de las mujeres, de las minorías y del medio ambiente eran secundarias y debían ser abordadas “después de la revolución”, pasó a mejor vida. Asimismo, se cuestionó muy seriamente el funcionamiento de las estructuras piramidales y burocráticas. Es decir, las bases mismas de la estructura del poder estatal y empresarial: la “Jaula de Hierro” weberiana. Y a ello contribuyó indudablemente la ampliación del sistema educativo estatal, es decir, la extensión previa de la enseñanza secundaria y la masificación creciente de las universidades públicas, que hicieron que los estudiantes “fueran realistas, y que pidieran lo imposible”.

El (nuevo) Estado-nación en el Sur Global

En la primera mitad del siglo XX se va a afianzar la dimensión “nacional” de muchos de los Estados en América Latina, a través de procesos revolucionarios, casos de México (1910) o Bolivia (1952), o bien a través de fuertes movilizaciones y rupturas institucionales, caso de Perón en Argentina (1945). En todos estos casos, los movimientos diversos⁵ que los impulsaron buscaban una mayor independencia de los países centrales, y en concreto de EEUU, como nueva potencia neocolonial al Sur del Río Grande (México), un mejoramiento de las condiciones de vida, un reforzamiento como “Estado-nación” y una “modernización” de sus sociedades. Incluso en México, cuya revolución fue pilotada por los movimientos campesinos y por el acceso a la

⁵ En México movimientos campesinos principalmente, en Bolivia mineros y en Argentina obreros, pero en todos los casos con fuerte componente popular contra las oligarquías, fundamentalmente agrarias.

propiedad de la tierra, en paralelo a la reforma agraria se acomete una fuerte industrialización. Sin embargo, en ningún país de América Latina es posible encontrar una “nacionalización” total de su sociedad (Quijano, 2000), en la que sus habitantes se puedan sentir miembros plenos de una comunidad nacional y ciudadanos de un Estado, y eso a pesar de sus casi doscientos años de existencia desde su independencia colonial, y del sentimiento nacionalista que haya ido arraigando en dicho periodo. El hecho de su origen criollo, la nueva y abundante población europea de aluvión en la primera mitad del siglo también, y de que grandes sectores de sus poblaciones, en especial comunidades indígenas y campesinas, estén al margen del Estado, y es más, que sus propias formas de vida sean atacadas desde el mismo, hace que no haya sido posible completar el proceso de “nacionalización”. Lo cual es especialmente cierto allí donde conviven importantes comunidades indígenas y campesinas, sobre todo en el mundo andino y en algunos de los territorios centroamericanos. Es precisamente en esos territorios donde la colonialidad criolla y blanca del poder, que todavía ejerce su dominio, está siendo cuestionada muy seriamente en los últimos años (Bolivia, Ecuador, México, Perú, etc.). El proceso de “nacionalización” y modernización ha sido más profundo allí donde el exterminio de sus comunidades originarias fue mayor (Argentina, Chile). Otros tienen además importantes comunidades afroamericanas soportando condiciones de fuerte marginación y explotación (Brasil y Colombia, principalmente), lo que complejiza su realidad multicultural. Pero en cualquier caso, los procesos de modernización han afectado solo a parte de sus sociedades, quedando amplios sectores de población al margen de los mismos, o directamente excluidos debido a ellos en las metrópolis. Por otro lado, otro rasgo diferenciador de los Estados es el tamaño del territorio sobre el que se proyectan. No es lo mismo Brasil (un gigante continental), Argentina o México, por poner los casos más significados, que los pequeños Estados centroamericanos, que se crearon específicamente así bajo la tutela de EEUU por la importancia estratégica del Istmo centroamericano. Panamá es el caso más manifiesto pues se creó *ex novo* en 1903, a resultas de la construcción del Canal de Panamá. De ahí el calificativo que se aplicó a muchos de ellos: Repúblicas Bananeras⁶, pues eran Estados en manos de las transnacionales plataneras estadounidenses.

Por otra parte, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial asistimos a un auge sin precedentes de los Movimientos de Liberación Nacional en África, Asia, Caribe y Pacífico, lo que va a poner en cuestión definitivamente en esos territorios el antiguo dominio colonial europeo occidental. La contestación antiimperialista se veía también auspiciada por la extrema debilidad de sus antiguos amos, que tenían que reconstruirse tras la invasión nazi y la guerra, y que cada día eran más incapaces de mantener sus imperios coloniales. De esta forma, desde finales de los 40, con la independencia de India en 1947, hasta los años 70, tras la implosión del imperio portugués, vamos a ver la creación de un gran número de nuevos Estados, en torno al centenar, que toman igualmente como modelo a imitar el Estado-nación occidental. Pero también porque las potencias coloniales propiciaron al abandonar sus dominios una solución de esa naturaleza, con el fin de seguir conservando alguna forma de relación con sus antiguas posesiones, a través de las nuevas elites. Es más, en ocasiones las potencias coloniales promovieron la división de sus amplios dominios de ultramar de acuerdo con bases étnicas o religiosas, para debilitar y confrontar entre sí también a los nuevos Estados. El caso la división de India y Pakistán, fue un ejemplo sangrante, como ya vimos. Pero, en general, los límites de los nuevos Estados se correspondían con las propias divisiones territoriales y administrativas que las potencias coloniales habían realizado para mejor gestionar sus espacios dominados. Incluso la creación de nuevos Estados “comunistas” (China, Corea del Norte, Vietnam, Camboya, Cuba), estuvo en gran medida relacionada con los límites previos de antiguos imperios que se intentaban recomponer (caso de China), expulsando a la

⁶ Por la fuerte presencia en ellos de empresas transnacionales de EEUU dedicadas al cultivo del banano.

potencia ocupante (Japón), o con los límites administrativos del dominio colonial, que a su vez estaban relacionados en algunos casos con los restos de estructuras estatales previas (Estados tributarios del antiguo imperio Chino, p.e.).

Sin embargo, en todos ellos se apelaba también a la Nación como instrumento de cohesión y movilización social contra el dominio externo. Nación (o Estado) que luego se intentaría reforzar, mucho más, una vez alcanzada la independencia. De esta forma, la Nación intentaba legitimar al Estado, y el Estado a la Nación. Sin saber muy bien cual era el huevo y cual la gallina. En cualquier caso, esa tarea de legitimación de la nueva estructura de poder estatal fue en general ardua de realizar, sobre todo por la complejidad comunitaria, étnica, religiosa y cultural sobre la que asentaron artificialmente la gran mayoría de esos nuevos Estados. Especialmente las nuevas creaciones estatales en espacios como el África Subsahariana, donde la herencia colonial dejó marcados unos límites estatales absolutamente al margen de las realidades sociales sobre las que se imponían. Posteriormente, los partidos que dirigen los movimientos de liberación nacional crean Estados de Partido Único a partir de la carcasa administrativa, de corte fuertemente militarizado, que habían dejado las metrópolis respectivas. Y el resultado fue unos Estados poco arraigados y autoritarios desde el principio.

Por otro lado, cabría apuntar la especificidad de la creación de los mini-Estados en Oriente Medio en los sesenta y primeros de los setenta, en los territorios bajo protectorado británico (Kuwait, Emiratos Árabes Unidos, Bahrein, Oman), una vez creada la OPEP (en 1960) por los grandes Estados de la región y Venezuela. Estos nuevos Estados se crean a partir de realidades sociales que poco tenían que ver con la idea de nación, y que respondían a estructuras de gobierno local de monarquías absolutas, estando auspiciada muy probablemente su independencia, y su no integración en realidades estatales más amplias (en Arabia Saudí, p.e., cuya independencia es de los años 20, y cuya reunificación se alcanza en los años 30; o de Kuwait en Irak, una demanda iraquí planteada en esos años) debido a los intereses geopolíticos de los grandes Estados occidentales. En concreto, por el interés de Gran Bretaña, y de EEUU, de erosionar el peso de los grandes Estados de la región dentro de la OPEP, ya que estos pequeños Estados eran mucho más influenciables. El descubrimiento de importantes yacimientos de petróleo antes de la Segunda Guerra Mundial en esta región, hacía que toda el área tuviera un alto valor estratégico. De hecho, estos pequeños Estados buscaron desde el principio la protección de Occidente para garantizar su subsistencia, aunque luego primaran también sus intereses propios y no se desmarcaran en demasía de las dinámicas generales de la región en que se hallan incrustados. En este caso, sin duda, la creación del sentimiento artificial “nacional” la va a posibilitar el reparto de la importante renta petrolera, que en estos territorios sí va a alcanzar a gran parte de sus limitadas poblaciones autóctonas. Y por supuesto no a la importante población inmigrante que va a hacer factible la extracción del crudo. Todo ello con la ayuda tecnológica e inversora de las *Majors* anglosajonas del crudo.

En este sentido, conviene recalcar que la “nacionalización” de las poblaciones requiere un poder político estable y centralizado operando durante largos lapsos de tiempo, y eso ha sido posible solo, y con muchas limitaciones también bien conocidas (casos de España, Gran Bretaña y Bélgica, p.e.), en el espacio europeo occidental, principalmente, y como mucho, en el mundo de identidad europea (Australia, Nueva Zelanda y en menor medida Canadá, debido al caso de Quebec) y en el caso de Japón. En el resto, sobre todo allí donde no se partía de estructuras estatales previas, más o menos consolidadas, que ya habían “nacionalizado” a sus poblaciones, la tarea se demostró ingente en muchos casos. Sin embargo, el “Nuevo Nacionalismo” para legitimarse, es decir, el nuevo Estado y sus nuevas elites para afianzarse, utilizaron algunos señuelos como forma de legitimarse, y estos fueron claramente la

nacionalización de sus recursos y la persecución del Desarrollo y la Industrialización. En definitiva, las ideas de la fe en el Progreso, producto de la Modernidad occidental. La industrialización fue uno de los objetivos más claros de los grandes Estados de nueva creación, y a ello se supeditaron considerables recursos públicos. Y el crecimiento económico se convirtió en la ideología insoslayable del nuevo Estado por doquier. La aceleración de la producción industrial y el crecimiento económico parecían ser el único camino para colmar la fuerte brecha entre el Centro y la Periferia. Sin embargo, la creación de los nuevos Estados periféricos conllevó grandes gastos institucionales y una gran sangría de recursos para impulsar el Desarrollo, que pronto demostró ser una enorme trampa. El endeudamiento externo al que tuvieron que recurrir para impulsar la industrialización, importando bienes de equipo de los países centrales (pagados en dólares), y dedicando ingentes sumas a fomentar las infraestructuras (de carreteras, hidráulicas, de producción de energía eléctrica, de telecomunicaciones) y grandes empresas estatales para hacerla viable, acabó debilitando sus nuevas monedas, lo que les fue dejando cada vez más al albur de la lógica perversa del mercado mundial. Este ciclo se terminó de cerrar de forma siniestra a finales de los 70, primeros de los ochenta, tras la década de crisis, con el estallido del “problema” de la Deuda Externa, auspiciada por la gran banca internacional, con la aquiescencia de las elites de los Estados periféricos, siendo gestionada la crisis posteriormente por las políticas del FMI y BM, como ya hemos comentado anteriormente.

En definitiva, a lo largo del siglo XX el Estado-nación hijo de la Revolución Francesa, y una expresión más del Estado moderno, terminó de viajar por el mundo entero. Pero el nuevo Estado-nación que la población había saludado como una institución para protegerle de sus antiguos amos, se acabó convirtiendo en la gran mayoría de los casos en una amenaza permanente para “los muchos”, salvo por supuesto para las elites y para unas limitadas “clases medias”, allí donde los procesos de industrialización propios habían llegado a tener un mayor recorrido, antes de la llegada de la “globalización” de las dos o tres últimas décadas del siglo XX. Eran en todo caso estas poblaciones las que pudieron sentirse más identificadas con el Estado como tal, porque les pudieran alcanzar unos mínimos beneficios de ciudadanía. El resto de la población, en general, no, sobre todo en los Estados de menor trayectoria histórica, y muy en especial en África subsahariana. De esta forma, a esta nueva oleada de Estados-nación de muy complejos orígenes les fue muy difícil ganar en legitimidad y empezaron a entrar en crisis ya antes del despliegue del nuevo capitalismo global de las últimas décadas. Si bien algunos de ellos, pocos y en general los más grandes, lograrían solventar en parte esa crisis y resurgirían con fuerza posteriormente como nuevos Estados “Emergentes” en el nuevo marco de la “globalización”.

NNUU: ¿Un “parlamento” estatal mundial?

La Organización de Naciones Unidas surge en 1945, en San Francisco, como producto del clima mundial postbélico, y se puede considerar como una especie de nuevo Tratado de Westfalia⁷ global. EEUU era quizás el primer interesado en que este nuevo organismo mundial fuera una plataforma mundial de todos los Estados soberanos del planeta. Se vislumbraba ya un futuro postcolonial, y Washington quería que los nuevos Estados que iban a surgir ingresaran en NNUU, una organización en principio sin derecho de admisión. Todos los nuevos Estados serían bienvenidos, de acuerdo con su carta de creación. Algo muy distinto a la Sociedad de Naciones del periodo entreguerras, un coto cerrado de las potencias coloniales europeas, en el que

⁷ En el Tratado de Westfalia de 1648, con el que acaban formalmente las Guerras de Religión en territorio europeo occidental, surge el Estado moderno soberano de corte capitalista.

EEUU había decidido no participar, y en el que otros Estados del mundo eran declarados miembros *non-gratos*. Además, EEUU iba a ayudar a impulsar decisivamente el proceso de descolonización a través de las NNUU, como vía para desplazar la presencia de las potencias europeas en África, Asia, Pacífico y Caribe. Un mecanismo más de “poder blando”, que iba a saber jugar muy inteligentemente. NNUU incluye desde el primer momento a la URSS, pues todavía se respiraba la atmósfera favorable del reparto “sereno” del poder mundial de Yalta y Postdam, cuando las grandes potencias hegemónicas, EEUU y la URSS, con la presencia de la potencia declinante, Gran Bretaña, delimitan sus respectivas esferas de influencia, antes del estallido formal de la Guerra Fría (1948). Pero aún después del inicio de la Guerra Fría, NNUU sigue jugando un papel muy considerable en la escena internacional, por el papel que desempeña su Consejo de Seguridad. Éste es el *Sancta Sanctorum* de NNUU, donde reside el poder en última instancia, y donde otra vez los grandes del mundo, en este caso los cinco miembros permanentes (EEUU, URSS, Gran Bretaña, Francia y China⁸), con derecho a veto, hacen y deshacen a su antojo. A nadie le interesaba, en principio, incluso a la URSS, hacer saltar por los aires este nuevo organismo internacional, aunque su sede estuviera en Nueva York. Pues en un mundo tan complejo como el de la Guerra Fría era conveniente tener un espacio de convergencia, en el que los amos del mundo se pudieran medir y negociar sus tensiones, sin recurrir al enfrentamiento armado. Algo que expresamente prohibía el capítulo 2 de la Carta de NNUU. Un aspecto formal positivo de la Carta, que reflejaba también la fuerte conciencia mundial contra la guerra al terminar la conflagración mundial.

Sin embargo, la irrupción de NNUU en el panorama político global, un espacio institucional en el que por primera vez en la Historia estaban representados todos los Estados, posibilitó la audición de las voces de los actores estatales excluidos del núcleo de los poderes mundiales. La Asamblea General de NNUU, que funciona bajo el criterio de “un Estado, un voto”, independientemente de su población y su poder, empezó a revelarse como una instancia fuera del control de los poderosos, y como un altavoz de las reivindicaciones globales de los más débiles y marginados. Caso por ejemplo de Palestina. La Asamblea General ha llegado a declarar a Israel enemigo de la Humanidad, contra el parecer de los Estados occidentales, y muy en concreto de EEUU. Algo que no ocurre en el Consejo de Seguridad, donde EEUU veta sistemáticamente cualquier resolución de condena a Israel. Pero NNUU demostró también en sus primeros años de funcionamiento que era capaz de llegar a acuerdos políticos de enorme trascendencia internacional, como fue el caso de la Declaración sobre Derechos Humanos, de 1948, que ha tenido una gran relevancia histórica. Declaración que fue posible también por el clima postbélico mundial. Por primera vez se recogían los derechos de “los otros”, los olvidados del mundo, y aunque esta declaración sea fundamentalmente retórica y tenga un sesgo occidental, y en clave individual, qué duda cabe de que ha servido a lo largo de estas seis décadas para reivindicar los derechos políticos de los más débiles y denunciar su conculcación. Aparte de que fue complementada más tarde, en los sesenta, con la Declaración de Derechos Sociales, y por el Convenio contra la Tortura. Igualmente, NNUU también posibilitó el intento de impulsar desde su seno un Nuevo Orden Económico Internacional, por parte del Movimiento de los No Alineados. Y hasta se inició en los setenta una Comisión para imponer un código de conducta a las empresas transnacionales, tras la fuerte animadversión en muchos países del Sur Global al *modus operandi* de estos gigantes empresariales, en plena expansión entonces; sobre todo tras el Golpe de Estado en Chile, en el que ITT participó activamente. Estas dos últimas iniciativas fueron posteriormente abortadas por los principales poderes estatales occidentales.

⁸ China continental no ingresaría en el Consejo de Seguridad hasta 1971, tras el reconocimiento del régimen “comunista” por parte de Nixon.

Además, los grandes actores estatales occidentales, y muy en concreto EEUU, impulsaron nuevas instituciones multilaterales, en el ámbito monetario y financiero internacional: FMI y BM, al margen de NNUU, para gobernar de acuerdo con sus intereses la economía mundial. De hecho, se establecieron un año antes (1944), en Bretton Woods. Por primera vez en la Historia también existían instituciones supraestatales para regir el ámbito de lo económico, en el que participaban formalmente los diferentes Estados del mundo, en este caso de la órbita occidental, al menos durante las primeras décadas, una vez que la URSS decide abandonar las instituciones de Bretton Woods al poco tiempo de su creación (aunque nunca llegó a suscribir sus acuerdos). Sin embargo, esas instituciones estaban controladas por los países centrales occidentales, y muy especialmente por EEUU, que tenía derecho de veto respecto de cualquier decisión. El poder de voto de los Estados periféricos en el FMI y BM era residual, y nula su capacidad conjunta para defender sus intereses. De cualquier forma, en la primera etapa de estas instituciones, hasta los setenta, *grosso modo*, estas organizaciones responden también al espíritu de la época, de auge de la estatalidad, y permiten el establecimiento de controles a la libre movilidad de capitales mundial por parte de los Estados. En el ámbito del comercio mundial se establecería el GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio), sin *status* jurídico internacional propio (por la posición contraria de EEUU al respecto), y en el que la participación de los Estados periféricos en las primeras décadas de su existencia sería residual, como ya vimos en su momento. Los nuevos (y antiguos) Estados periféricos no estaban interesados en participar en este “Acuerdo General”, en un momento en que intentaban abrir vías de industrialización propias, y defender sus mercados y sus recursos de la lógica perversa del mercado mundial.

Pero, al margen de las instituciones de Bretton Woods, que tenían solo vínculos formales con NNUU, pero que operaban sin ningún control por parte de la misma, EEUU sí mostró interés en que NNUU fuera una institución importante en el impulso del Desarrollo a nivel mundial. Al menos como marco sobre todo ideológico y de establecimiento de las misiones de Desarrollo y apoyo tecno-burocrático al respecto. Esta política formaba parte del pulso ideológico de la Guerra Fría, aparte de vehicular intereses económicos muy concretos, y la URSS y China, no pudieron sustraerse a este reto, y aceptaron, o dejaron hacer, a NNUU en este terreno. Esto ya lo hemos visto más en detalle en el apartado anterior: “El mito del Desarrollo...”, y no vamos a incidir más en ello aquí. Tan solo recalcar que era un marco más de colaboración jerarquizada supraestatal de considerable trascendencia, donde se fijaban marcos comunes de reflexión y de actuación, con el fin de impulsar los procesos de modernización e industrialización. Es en NNUU desde donde se alienta decisivamente el marco ideológico del Desarrollo, con el apoyo en la sombra, y no tan en la sombra, del BM, y donde se contribuye asimismo de forma expresa a potenciar el mito del Crecimiento, para salir del “Subdesarrollo”.

Igualmente, NNUU se convertiría en un espacio supraestatal para promover nuevas políticas demográficas mundiales, algo que fue especialmente apoyado desde EEUU, con la contribución decisiva de la Fundación Rockefeller. Sin embargo, estas políticas suscitaban bastante menos consenso global. La razón de la incursión de Washington en este resbaladizo terreno era el miedo al triunfo de los procesos revolucionarios en el Sur Global, como resultado del fuerte proceso de crecimiento poblacional que experimentaba. La Revolución China, y otras en el Sudeste asiático, las entendían como un fuerte toque de atención al respecto. De esta forma, EEUU promueve políticas de planificación familiar en el así llamado entonces Tercer Mundo, con el objetivo de contener la fuerte expansión demográfica. No en vano el periodo 1950-1970 sería el de máximo crecimiento de la población mundial, con una tasa de crecimiento del 2,1% anual, en paralelo con el mayor incremento del consumo energético *per capita* global. Las políticas demográficas se incorporaban a los

paquetes de Desarrollo de NNUU, y se imponían también como condicionalidades en los créditos del BM. Además, EEUU ejerce también una fuerte presión sobre los países periféricos para que apliquen políticas de desarrollo agrícola industrializado, “ofreciendo” su tecnología y *savoir faire*, pero si al mismo tiempo se incluían políticas de control de población. De esta forma, muchos países periféricos iban a desanimar la reproducción, legislando sobre el aborto y la promoción de la educación sexual en las escuelas, y en diversas ocasiones acometieron programas masivos de esterilización, a través de pequeños incentivos pecuniarios y mucha desinformación. La Iglesia católica sería un escollo en este camino, que fue sorteado sin excesivos conflictos y renunciadas, al menos en un primer momento, pues además eran los tiempos de la renovación del Concilio Vaticano II. Las políticas demográficas permitieron pasar también del control de la natalidad al control de las mujeres, un objetivo importante también en el nuevo marco del capitalismo global en gestación, dentro de la matriz de dominio patriarcal transhistórico. India sería uno de los grandes países del Sur Global que aplicaría más tempranamente las políticas demográficas (Nehru, en 1952), como parte de este impulso promovido desde NNUU, y como reflejo también del miedo de sus nuevas elites a la explosión poblacional. Y algo más tarde lo haría China, pero como política propia, autónoma y estricta del Partido Comunista Chino, ante el temor también de que el descontrol demográfico pudiera poner en peligro las nuevas estructuras de poder, los logros de la revolución y la viabilidad del nuevo modelo. Finalmente decir que en torno a las políticas de control de población en el entonces llamado Tercer Mundo hubo un acalorado debate entre “malthusianos” y “desarrollistas”. Los primeros pensaban que intervenir sobre la población era un paso previo o una condición para el Desarrollo, y los segundos lo contrario (Domingo, 2008).

Crisis del Estado Social, Contrarrevolución Neoliberal y endurecimiento del Estado

En los años setenta del siglo XX, la doble crisis energética y económica⁹ puso contra las cuerdas al Estado del Bienestar, que venía arrastrando una crisis latente desde finales de los sesenta. Sin crecimiento económico, y con unos precios del petróleo y la energía por las nubes, el Estado providencia no podía hacer frente a las responsabilidades y compromisos sociales adquiridos, máxime cuando éstos se habían visto elevados como resultado del ciclo de luchas sociales de finales de los sesenta y primeros setenta, con el fin de garantizar paz social. El Estado tal y como lo conocemos necesita del crecimiento económico para cuadrar sus cuentas, y cuando el crecimiento cayó y los costes se dispararon, los Estados centrales entraron en una fuerte crisis fiscal, que fue particularmente aguda en EEUU, y en concreto en alguno de sus enclaves metropolitanos más significados: p.e., Nueva York. James O'Connor (1981) calificó en su día esta difícil coyuntura como “La crisis fiscal del Estado”. En un principio, la salida que impulsó el Estado, que dominaba los resortes monetarios, fue la de una huída hacia adelante, dándole a la máquina de imprimir dinero, lo que generó una enorme inflación, pues a la subida de precios debido al alza del petróleo, se sumó esta nueva causa de aumento de los mismos. El resultado de todo ello fue un incremento también de las luchas de los trabajadores para no perder poder adquisitivo, lo que amenazaba con disparar la espiral inflacionaria mucho más y desarticular el orden social y los procesos de acumulación de capital. El desafío era mayúsculo. Y la respuesta a este enorme reto también lo fue. Es lo que se denominó la Contrarrevolución Neoliberal del capitalismo, y como parte de ésta se acometió también una profundización en los procesos de mundialización y financiarización de

⁹ Aunque cabría hablar también de una crisis multidimensional, pues a la crisis energética y económica se sumaba la erosión de la hegemonía de EEUU y el fin del sistema monetario establecido en Bretton Woods, aparte de que la crisis energética hizo hablar por primera vez de la finitud de los recursos no renovables y de “Los Límites del Crecimiento” (Meadows et al, 1972).

los mercados. En definitiva, un nuevo capitalismo global que tuvo considerables repercusiones sobre la forma Estado, y sobre la sociedad.

Pero para que esta “Rebelión de las Elites” (Lasch, 1996) pudiera llevarse a efecto era preciso antes quebrar la columna vertebral del movimiento obrero, los sindicatos, pues todavía no había empezado a dar todos sus frutos el avance de la Sociedad de la Imagen y el Entretenimiento, y la conquista del alma y la desarticulación social consiguiente (Fdez Durán, 2009). Había pues que forzar la máquina, no había tiempo que perder, para recuperar el crecimiento y la acumulación de capital, y por tanto el abaratamiento del coste de la fuerza de trabajo era uno de los objetivos principales. Y como parte de ello, igualmente, el levantamiento del marco legal protector del trabajo, que fomentaría su precarización. La otra condición *sine qua non* fue el abaratamiento del coste de la energía, y en concreto del petróleo, que se empezó a producir desde primeros de los ochenta, como ya vimos, y que permitió sustituir fuerza de trabajo (cara) por una nueva ola de maquinización-robotización, incrementando la productividad. Al mismo tiempo, se acometían también las importantes reformas monetarias y financieras que ya hemos abordado en otros apartados del análisis del siglo XX, que suponían que el capital se iba a quitar la camisa de fuerza que le había impuesto el Estado durante casi 50 años (desde el New Deal, principalmente), y sobre las que no vamos a volver a incidir ahora. Aquí nos centraremos principalmente en las transformaciones que supuso para el Estado la Contrarreforma Neoliberal. Pero como decimos, un elemento central para abordarla fue la derrota del movimiento obrero y la desarticulación de sus organizaciones, aunque estuviese también azuzada por las tremendas fuerzas que iban a desatar los procesos de privatización, desregulación y mundialización del capital.

Así, como nos dice Harvey (2007), fue fundamental que en EEUU y en Gran Bretaña, los dos polos centrales de la Contrarrevolución Neoliberal, Reagan y Thatcher pusieran de rodillas al movimiento sindical. En el caso de EEUU fue la derrota de la dura huelga de los controladores aéreos, y en el caso de Gran Bretaña la de la tenaz huelga de los mineros. Dos rudos *tour de force* que forzó y ganó el Estado, y que abrieron una nueva era para unas nuevas relaciones Capital-Trabajo y para el descompromiso social del nuevo Estado neoliberal. Esta iba a ser la vía principal, en un primer momento, para imponer el “No Hay Alternativa” (There is No Alternative, TINA) Thatcheriano, pues de esta forma se acababa con la “sociedad civil” organizada, y muy en concreto con la fuerza de la clase trabajadora, pasando a un nuevo paisaje social en el que solo existirían los individuos y las familias (según las propias palabras de Mrs Margaret), sin capacidad para oponerse a las reformas de la Contrarrevolución Neoliberal. Indudablemente, la batalla ideológica era también de extrema importancia, y corría en paralelo, como hemos resaltado en el apartado anterior.

De esta forma, asistimos a un ataque en toda regla contra el Estado Social, que se hace aún más obligado como resultado de la Contrarreforma Fiscal y Monetaria. La brusca bajada de impuestos para los sectores más ricos de la sociedad y para las grandes empresas que supusieron las políticas neoliberales, más el hecho de quitarle al Estado, de un plumazo, su capacidad para intervenir en la creación del dinero (esto es, la privatización, otra vez, de los Bancos Centrales, o el incremento de su autonomía respecto del poder político), quitó toda posibilidad de que el Estado pudiera financiar generosos programas sociales. El triunfo de los monetaristas para yugular la inflación tuvo lugar pues con un gran coste y regresión social. La redistribución de la riqueza monetaria creada se hacía ahora al revés, de los pobres y clases medias a los ricos, y en todo caso se da una cierta redistribución de la riqueza de las clases medias a los más pobres, quedando los ricos y las grandes empresas cada vez más al margen de esa tarea tan engorrosa. Gracias sobre todo a la nueva actuación de Papá Estado y a la proliferación de Paraísos Fiscales. Es decir, las grandes fortunas y las empresas transnacionalizadas se desentienden del mantenimiento económico del Estado-nación,

pero se siguen beneficiando de su existencia. Y, al mismo tiempo, se permite y se alienta una creciente expansión del crédito (al consumo, hipotecario y para hacer frente a la creciente coste de los servicios públicos debido a su privatización), lo que permite que la caída de la demanda de los sectores populares no fuera tan brusca, pero que provoca un creciente endeudamiento de los mismos. Un factor más de disciplinamiento y adormecimiento social.

Por otra parte, se va a pasar del *Welfare* al *Workfare*. Esto es, se va a eliminar el derecho a recibir una ayuda social sin contraprestación, lo cual va a significar también una coacción laboral y un abaratamiento adicional de la fuerza de trabajo, aparte de una degradación de las condiciones de la reproducción social. Pero, además, el Estado va a llevar a cabo también un contraataque hacia dentro de su dimensión social, permitiendo la entrada de la lógica del mercado y la acumulación de capital en este terreno. De esta forma, asistimos a una creciente privatización de la Seguridad Social (incluido las Pensiones), la Sanidad, el Sistema Educativo, la Política de Vivienda, etc., lo que va a generar unas desigualdades crecientes en el acceso a estos servicios y bienes públicos. Y lo que es más significativo también se va a descargar sobre las familias, y en concreto sobre las mujeres, parte de las tareas de reproducción social que había llegado a cubrir el Estado del Bienestar. Lo cual va a generar la actual crisis de los cuidados, pues este proceso se da en un contexto de creciente participación femenina en el mercado laboral. Igualmente, el Estado se va a ir retirando de aquellos sectores de la economía en donde había llegado a adquirir un protagonismo incontestable (transporte, energía, telecomunicaciones, abastecimiento de agua, tratamiento de residuos, etc.), lo que va a posibilitar la creación de nuevos gigantes empresariales privados en estos sectores, que en poco tiempo se van a transnacionalizar, como ya vimos. Por último, una de las tareas más importantes del Estado, la creación de infraestructuras, se va a privatizar en parte, como resultado de los procesos de financiarización del capital. Importantes volúmenes de capital privado van a ayudar a que el Estado no decaiga en su labor de construcción de infraestructuras, ejecutándolas ellos directamente (eso sí, con el aval del Estado, por si acaso), o bien animando al Estado a endeudarse para realizarlas. Todas estas reformas del Estado van a suponer nuevos e importantes campos de crecimiento y acumulación de capital, que se dan en paralelo a un incremento imparable de la deuda estatal. Si bien la venta de activos estatales (las "Joyas de la Corona", las grandes empresas públicas e importantes patrimonios de suelo e inmobiliarios, incluida la vivienda social) permitió enjugar en un primer momento gran parte de esa deuda (Roth, 2007).

Pero indudablemente todas estas reformas del Estado que se llevan a cabo con diferentes ritmos e intensidades en todos los países centrales, partiendo de la dinámica iniciada en los ochenta en EEUU y Gran Bretaña, no se podían hacer sin el concurso de los diferentes poderes Ejecutivos que eran los que las impulsaban. Y la modulación de las mismas iba a estar condicionada también por las resistencias sociales que se encontraban en el camino. En cualquier caso, esta tarea de bricolaje político llevó su tiempo (y en algunos Estados aún no se ha completado, especialmente en Europa occidental), y no fue para nada una labor fácil. Así, primero hubo que vaciar de poder político las instituciones más representativas, los parlamentos nacionales, al tiempo que se reforzaba el poder ejecutivo. Un poder ejecutivo de nuevo cuño, porque se iba a acometer en paralelo una progresiva reforma de la financiación de los partidos políticos, para que éstos fueran más dependientes de los intereses del capital privado (sobre todo en EEUU), lo que iba a poner cada vez más el poder del Estado en manos del poder corporativo. Incluso el marco legal y judicial se reforma para adaptarlo a las nuevas circunstancias. Además, la brecha entre las políticas de "derechas" y de "izquierda" se fue estrechando igualmente para poder captar el llamado voto de "centro". Un "centro" de la nueva sociedad de masas muy modelado ya por los *mass media* y crecientemente conservador. Y, al mismo

tiempo, los partidos se convierten en máquinas absolutamente jerarquizadas y burocráticas, sin la más mínima democracia interna, que votan en bloque en unos parlamentos que caminan hacia un paisaje bi o tripartidista, sin diferencias sustanciales entre los grandes partidos, y con mecanismos de relación con la sociedad puramente mediáticos. El resto de los partidos va quedando progresivamente marginados, sobre todo los de una “izquierda más consecuente”, aparte de que el establecimiento de cuotas mínimas de voto para su presencia parlamentaria, juega claramente en su contra.

De esta forma, aunque la primera oleada de reformas en los ochenta las acometen los partidos conservadores, especialmente en EEUU y Gran Bretaña, en los noventa son la Tercera Vía de Blair y los Nuevos Demócratas presididos por Clinton, los que las llevan a efecto. Como muy bien diría El Roto en una viñeta: “Todas las Terceras Vías conducen a Wall Street”. Algo parecido ocurrió en la mayoría de los países centrales. Las políticas ya no eran de “izquierdas” o de “derechas”, se nos decía a través del mensaje mediático, pues estábamos ya en la época del fin de las ideologías, sobre todo tras la Caída del Muro de Berlín. Hasta algún optimista llegó a hablar del Fin de la Historia (Fukuyama, 1992). Las nuevas políticas había que clasificarlas, pues, “asépticamente”, entre las que funcionaban y las que no funcionaban. Aparte de que el Estado que se apartaba de este camino, era ferozmente castigado por los mercados financieros. “La población vota cada cuatro años, pero los mercados votan todos los días”, nos decía en los noventa Luis Ángel Rojo, gobernador del Banco de España. Y en esta deriva crecientemente conservadora, “desdemocratizadora” y de progresivo desmantelamiento del Estado Social, los sectores más precarios y desprotegidos de la sociedad dejaron de votar. Para qué iban a participar en la farsa electoral, cuando el Estado les dejaba tirados en la cuneta. Lo que a su vez reforzaba el camino hacia el “centro” social de los votantes, un “centro” situado cada día más a la derecha, gracias a la labor de los *mass media*. El sufragio universal, una demanda rupturista a finales del siglo XIX y principios del XX, y que costó sangre, se convertía en una conquista vacía, pues la nueva Sociedad de Masas se alejaba cada vez más de “lo político”, en esta nueva y aún más falsa democracia mediatizada. “Lo político” ha vuelto a ser otra vez en muy gran medida canibalizado por los intereses del capital.

Pero el Estado sufre igualmente otra contrarreforma importante, que tiene que ver con el progresivo endurecimiento del mismo. La “cara dura” se impone cada vez más claramente sobre su “cara blanda”. El Estado Social y de Derecho se transforma en un nuevo Estado crecientemente autoritario, en el que las dimensiones penal y securitaria se disparan, al tiempo que se produce una fuerte regresión de los derechos y libertades (Pastor, 2007 a). EEUU supera con creces los dos millones de presos a principios de este nuevo siglo, doblando la población carcelaria en veinte años, y ocho millones más se encuentran bajo vigilancia policial. Un nuevo Gulag, basado en la Ley y el Orden, en donde pasa a mejor vida la rehabilitación de los presos (Roth, 2007; Wacquant, 1998). El pobre, el preso y el inmigrante son el nuevo enemigo interior. De esta forma, la derrota del movimiento obrero y la derechización y desarticulación de las sociedades implican el fin de la alianza de los “Treinta Gloriosos” entre Estado del Bienestar, capitalismo y democracia. Al mismo tiempo, la seguridad interior confluye cada vez más con la seguridad exterior, y lo policial con lo militar, siendo difícil establecer límites nítidos al respecto, lo que tiene fuertes implicaciones de pérdida de derechos democráticos. El cascarón democrático del Estado se vacía aún más de contenido real, quedando como una fachada en gran medida mediática. Y eso por no hablar de dos de las instituciones principales de las llamadas sociedades democráticas, los Partidos (como hemos comentado) y las Empresas (Naredo, 2001), sobre todo cuando éstas últimas adquieren un tamaño y una estructura cada vez más centralizada y coercitiva, a pesar de su aparente descentralización. Pero, es más, se fomenta una nueva gobernanza para intentar organizar a la llamada “sociedad civil” de acuerdo con los nuevos intereses del capital y del Estado, en la que se implica gran

parte del mundo de las ONGs, que proliferan en este periodo. Una nueva paz social que se consigue a base de dinero y de traspasar ciertas responsabilidades sociales del Estado a esta constelación de organizaciones, que operan de forma más barata, más precaria y clientelar (Pastor, 2009 b; García, 2009).

En definitiva, la Contrarrevolución Neoliberal significa la Crisis del Estado Social y de Derecho, por más que la nueva propaganda política incida en los derechos y libertades (eso sí, del capital). Pero el Estado-nación como tal no entra en crisis directa, en todo caso pierde centralidad, y es más se refuerza y se va transformando poco a poco en un nuevo Leviatán, cada día más policializado y militarizado, con una progresiva dimensión armamentista, que intenta basar su legitimidad en un renovado nacionalismo (a pesar de su creciente transnacionalización) y en la creación de “seguridad”, para los que votan. El nacionalismo se cultiva mediante el Deporte Espectáculo global, casi lo único que suscita ya emociones patrias, pues estamos en una etapa histórica post-heroica en lo militar. Y el mensaje de “seguridad” se refuerza con las políticas de “Tolerancia Cero” contra el delito protagonizado por la periferia de lo social, y contra “el otro”, pero en absoluto contra la corrupción, abuso y especulación de las estructuras de poder. Al tiempo que el *Sancta Santorum* del Estado, el monopolio de la violencia, pasa a ser también cada día más privatizado. Y todo ello se da en plena época de la “globalización feliz”, en los noventa, principalmente; es decir, antes del 11-S, cuando esta deriva se va a intensificar aún mucho más, como veremos más tarde. Caen pues el Muro de Berlín y el Apartheid en Sudáfrica, pero se levantan a su vez múltiples muros por doquier, sobre todo en los Estados centrales para intentar contener las fuertes corrientes migratorias estimuladas por el nuevo capitalismo global. Además, la lucha contra la inmigración es una excusa perfecta para justificar el endurecimiento del Estado y vigilar a unas sociedades cada vez más multiculturales. En suma, una especie de “neofascismo” postmoderno que no se construye ya contra la democracia, como en los años treinta, sino a partir de la misma, desnaturalizándola aún más si cabe (López Petit, 2001).

Terapia de Choque, Dictadura, Democracia y Estados Fallidos en el Sur Global

En el Sur Global, sin embargo, la Contrarreforma Neoliberal va a adquirir un carácter mucho más duro, pues se va a aplicar en general mediante Terapia de Choque (Klein, 2007), y además va a empezar en algunos casos antes que en los Estados centrales. El ciclo de dictaduras que asoló gran parte de América Latina en los sesenta y sobre todo setenta así lo atestigua (Brasil, Chile, Argentina, Uruguay, etc.), al igual que en diversos países del Sudeste Asiático (Indonesia, Filipinas, etc.), si bien los Golpes de Estado militares se llevaron a cabo también por temor al ascenso del “comunismo” en esos territorios, y fueron instigados directa o indirectamente por Washington. Pero, como ya vimos, “aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid”, se utilizaron estas dictaduras para ir ensayando las características de un nuevo modelo de Estado en la Periferia acorde con el capitalismo crecientemente globalizado que se estaba gestando. El caso más paradigmático fue el de Chile (1973), donde los “Chicago Boys” de Milton Friedman impusieron sus nuevas políticas a través de la mano inflexible de Pinochet. Chile se convirtió en un verdadero laboratorio de la Contrarreforma Neoliberal en el Sur Global. Se suspendían las reglas del juego democrático y se practicaba una feroz represión, ya que esta era la única forma de imponer unas políticas favorables a la renovada mundialización del capital que se estaba operando desde los Estados centrales.

En los ochenta, la terapia de choque se dulcifica algo pues la Contrarreforma Neoliberal (ya claramente definidos los nuevos objetivos de la misma) se practica a partir de Planes de Ajuste Estructural (PAEs) del FMI y el BM, que los posibilita el estallido y tratamiento del “problema” de la deuda externa de los países del Sur. La

dulcificación de la terapia es solo en la forma, pero no en el contenido de la misma, que sigue teniendo los mismos efectos devastadores en términos políticos, sociales y ambientales. Ya no se recurre tanto a Golpes Militares, es más, retorna muy devaluada la democracia a muchas de las anteriores dictaduras (Chile, Argentina, Brasil, Uruguay, etc.), pues desde las principales instancias de los poderes occidentales se considera que la forma “Estado democrático” puede tener una mayor legitimidad social y estabilidad a medio plazo. Eso sí, una vez obtenidos los objetivos que perseguía la Contrarreforma Neoliberal global. No antes. Pero, como decimos, en los ochenta se “descubre” el tremendo poder que tiene el dinero para lograr los objetivos de la Contrarreforma Neoliberal del nuevo capitalismo global sin tener que recurrir a la bota militar. En todo caso, se apela de forma activa al poder policial, con apoyos puntuales del Ejército, para sofocar duramente las llamadas “revueltas del hambre” que provocan los PAEs. Eso es así, en esos años, en gran número de Estados altamente endeudados de América Latina y África, y en menor medida de Asia.

Los nuevos créditos del FMI y del BM, como ya vimos, se utilizan no sólo para promover las privatizaciones de las empresas estatales, industriales y de servicios, la apertura a la lógica del mercado mundial de sus economías, la reducción del gasto social de los Estados para dedicarlo al pago de la deuda externa, la privatización de sus recursos y la devaluación de sus divisas para abaratar su fuerza de trabajo y el valor de sus activos, que pasan a ser apropiados por el capital transnacional; sino que se utilizan igualmente para exigir una completa remodelación del marco legal e institucional del Estado, con el fin de que el nuevo Estado sea funcional a los intereses del nuevo capitalismo global, así como para promover infraestructuras energéticas y de transporte imprescindibles para la “globalización”. Pero la “globalización” impulsa tanto la bajada de aranceles externos, una de las principales fuentes de ingresos de los Estados periféricos, como la proliferación de Zonas Francas, espacios de bajos impuestos al margen del marco legal estatal (y sindical) en beneficio del capital transnacional, y ello deriva en una fuerte crisis fiscal de los Estados, lo que acentúa aún más su dependencia de los capitales externos y su fragilidad institucional.

Sin embargo, para llevar a cabo la Contrarreforma Neoliberal en el Sudeste Asiático, donde se afianzaba rápidamente la Fábrica Global, habría que esperar casi hasta finales de los noventa, y se tendría que recurrir al poder demoledor de los mercados financieros para imponerla. La razón es que estos Estados (Corea del Sur, Tailandia, Indonesia, etc.) tenían en general una mucho mayor solidez institucional, no en vano algunos de ellos tienen (aunque con rupturas) un recorrido histórico de siglos, una mucha mayor capacidad productiva e importancia global, aparte de petróleo (algunos de ellos), y sobre todo un mucho menor grado de endeudamiento externo, por lo que podían sustraerse en gran medida a las políticas de ajuste del FMI y el BM. Y no fue hasta que abrieron sus mercados de capitales, a instancias del FMI, por cierto, que se vieron sometidos a las fuerzas especulativas de los mercados financieros globales. A una fuerte entrada de capitales externos, primero, a un auge artificial en gran medida especulativo, después, y a una salida en tromba posterior de los mismos, que provocaron crisis monetarias y financieras que acabaron afectando a toda la región en 1997 y 1998. Y entonces sí, los paquetes de “ayuda” que se arbitraron desde el FMI y el BM, en beneficio de los especuladores de Wall Street y la City de Londres, hicieron posible aplicar, por fin, la misma medicina, lo que provocó también un tremendo desastre político, social y ambiental, y especialmente una redistribución de la propiedad de su importante aparato productivo y de gran parte de sus recursos en beneficio del capital occidental (Gowan, 2002).

Finalmente, decir, que en el ciclo neoliberal que se abre en los ochenta, con la revolución conservadora, llega al Sur Global una nueva forma de regulación demográfica, ya no tan descarada y autoritaria, pero igualmente con grave repercusión

social. Mientras tanto, el crecimiento demográfico autóctono desciende bruscamente en el Centro, por la fuerte reducción de la tasa de natalidad. De esta forma, con Ronald Reagan llega la “demografía de libre mercado”, en el sentido de que aplicar la dureza de la lógica del mercado mundial era la mejor forma de luchar contra el crecimiento demográfico en la Periferia. Es más, se asiste a un recorte al financiamiento de los “programas de población” de NNUU (Domingo, 2008). Si bien estas políticas se modulan en parte con Clinton. Además, este cambio de orientación coincide con el inicio de una importante involución de la Iglesia Católica, un creciente auge del fundamentalismo islámico y, en el extremo contrario, un importante incremento de la organización y concienciación de las mujeres en los Países del Sur Global. Ya no era posible, sencillamente, aplicar las mismas políticas que en las décadas posteriores a la posguerra mundial. Salvo en China, donde adoptan un componente fuertemente autoritario. Pero ese era un caso aparte, pues el gigante asiático no se puede considerar, para nada, que forma parte del Sur Global. Era ya toda una potencia emergente a finales del siglo XX, aunque tuviera en su interior un importante mundo rural, semejante a muchos del Sur Global. De esta forma, la regulación demográfica de libre mercado actúa en muchos territorios de forma implacable, y nos alerta de lo que puede ocurrir en futuros escenarios del siglo XXI. El incremento de la mortalidad por el hambre, por pandemias como el SIDA, o por las guerras que asolan muchos territorios del Sur Global, todo ello especialmente grave en África, donde se están dando verdaderos genocidios, que están sirviendo como un regulador demográfico brutal.

En definitiva, como nos dice Wallerstein (2004), al arribar el nuevo milenio podemos decir que en el Sur Global se ha perdido en general la fe en sus actuales Estados como agentes de una modernidad de liberación, aunque para nada se ha perdido el deseo de liberación, sino solo la fe en la vieja estrategia para alcanzarlo. Pero también nos alerta de que hay un Espectro de desintegración de las estructuras estatales en las que el pueblo (los pueblos) no confían, al tiempo que subsiste en gran medida la exigencia de una verdadera democratización y de un sistema de distribución radicalmente diferente. Eso a pesar de que con el cambio de siglo ya existían, en teoría, unos 120 Estados formalmente democráticos en el mundo (de un total en torno a 190), la mayoría en el Sur Global (pero la totalidad de la OCDE), frente a los 16 a comienzos del siglo XX, en los países centrales (Taylor, 2008). Pero a pesar de todo, también, ese dato indica algo, y es que existe un ansia de democracia y libertad en todo el planeta, que las estructuras de poder (por ahora) no pueden obviar, para garantizar una mínima legitimidad, aunque luego la desnaturalicen abiertamente. Asimismo, a principios del siglo XXI ya existen diversos Estados del Sur Global que se están dando como Estados Fallidos, al perder el control sobre gran parte de sus territorios, de los que se van apoderando en muchos casos los “señores de la guerra”. Hasta ahora principalmente en África Subsahariana (Somalia, Congo, etc.). Allí, el acceso al botín lo garantizan más que en ningún otra parte del Sur Global los clanes sociales de poder que se reparten el Estado, de muy débil poder institucional, peleándose abiertamente las elites entre sí por el reparto del petróleo o los minerales, azuzadas, eso sí, por las empresas transnacionales respectivas. Pero en América Latina, donde los Estados tienen mucho mayor recorrido institucional, aunque con todas las debilidades apuntadas, ya sonó el clamor del “Que se Vayan Todos” (contra toda la clase política) en la crisis mayúscula que asoló Argentina, en 2001; resultado directo de la Contrarreforma Neoliberal y de las dinámicas brutales del nuevo capitalismo financiero global.

El nuevo Estado resultante tras la Contrarreforma en el Sur Global se sustenta en general sobre débiles mimbres, en general mediáticos, pues ni siquiera sus reducidas “clases medias”, duramente castigadas por la “globalización” en muchos casos, se sienten ya identificadas con él. El nuevo Estado tan solo defiende los intereses de una oligarquía (aparte, eso sí, de los del capital global) que, además, no se identifica con

su territorio y que tiene la mayor parte de sus bienes fuera, a buen recaudo. Y el recurso al sentimiento nacional, difícil de suscitar en estas circunstancias, logra a duras penas mantener una mínima cohesión social en muchos casos. Lo que hace que primen las fuerzas sociales centrífugas, haciendo asomar todas las grietas sobre la que se sustentaba un débil Estado-nación. Salvo en unos pocos “Estados emergentes” en el nuevo capitalismo global, que al ir escalando posiciones dentro de la Economía Mundo logran reforzarse institucionalmente, en parte, al beneficiarse de su lugar “sub-imperialista” (China, India, Brasil, Sudáfrica, etc.), aunque manifiestan unas diferencias sociales abismales. Así, salvo en estos “Estados emergentes”, los Estados periféricos y hasta muchos de los semiperiféricos pierden claramente, en general, soberanía estatal, a causa de las dinámicas del nuevo capitalismo global. Por otro lado, incluso el Deporte Espectáculo mundial tiene una endeble capacidad para animar emociones patrias en muchos de estos territorios, pues sus principales ídolos emigran al calor del dinero foráneo, aunque sigan siendo en muchos casos potentes iconos nacionales. Pero este estado de cosas no podía durar así mucho tiempo. De esta forma, por un lado, en algunos Estados de América Latina, principalmente, se están abriendo importantes rupturas institucionales, verdaderos procesos constituyentes, alumbrando nuevas formas de Estado (en algunos casos plurinacionales) como resultado de un auge sin precedentes de una muy plural movilización social (Venezuela, Bolivia, Ecuador). Procesos rupturistas con nuevas luces democráticas, pero también con muchas sombras, sobre todo cuando se asientan (caso de Hugo Chávez). Pero, también, por otra parte, con la llegada de la actual Crisis Global, el número de Estados Fallidos, o potencialmente fallidos, está creciendo en el Sur Global, y probablemente se incremente más cuando se profundice ésta. Sobre todo ello hablaremos algo más en detalle más adelante en el libro.

Crisis, colapso y reconversión brutal del Estado del Socialismo Real

La crisis del Estado del Bienestar en Occidente, y la del Estado-Partido en los países de Socialismo Real, coincide *grosso modo* en el tiempo. Curiosamente, como nos dice Postone (2007), hay un paralelismo temporal entre el nacimiento y colapso del sistema soviético y el nacimiento y crisis del capitalismo intervencionista de Estado. Y nos sigue diciendo, citando a Bell (2006), que el capitalismo occidental y el sistema soviético compartían patrones fundamentales, variantes de la Sociedad Industrial, lo que a su vez se refleja en parte en la forma Estado, pues la sociedad moderna se encuentra moldeada por imperativos de la racionalidad funcional industrial y urbano-metropolitana. De esta forma, la racionalización de todos los ámbitos y la burocratización de las instituciones es un rasgo fundamental de todas las sociedades industriales modernas, sean capitalistas o “socialistas”. En definitiva, son dos sistemas corriendo históricamente en paralelo, en los que resalta la importancia común del eje tecnológico (y sobre todo del crecimiento), pero que a su vez manifiestan también profundas diferencias en la forma Estado, por sus orígenes históricos y las diferentes formas de acumulación de riqueza y poder que promueven; como ya vimos al hablar de la “Irrupción, desarrollo, crisis y colapso del Socialismo Real”. Pero la reconversión del Estado debido a la Contrarreforma Neoliberal en el nuevo capitalismo global triunfante, va a coincidir en Occidente con el paso a la Sociedad Postindustrial y con la Postmodernidad, influenciándose los distintos procesos mutuamente. Y esta reconversión del Estado va a tener distintas implicaciones en el Centro capitalista, pues es allí donde se inicia y pilota a escala global, desde sus principales baluartes hegemónicos y financieros; que en los Estados de Socialismo Real, pues son éstos los que entran en una profunda crisis y colapso (en el caso de la URSS y su área de influencia), cuya única vía de salida ha sido la incorporación periférica y subordinada (en principio) a la lógica del mercado mundial capitalista. Las estructuras de poder del Socialismo Real buscaron esta vía de salida para poder resistir y subsistir en las mejores condiciones posibles. De esta forma, la reconversión estatal en los países de

Socialismo Real fue mucho más brusca y profunda, pues hubo de cambiarse toda una forma de organización del modelo productivo y de poder, de base fundamentalmente burocrático-estatal, y adaptarlo a las nuevas exigencias de un mercado mundial que operaba bajo la lógica del capital privado, acentuada además por la crisis del capitalismo intervencionista de Estado en Occidente. A ello se sumó el hecho de que los nuevos Estados surgidos de la crisis y colapso del Socialismo Real tuvieron que aceptar su nueva condición periférica, al menos de forma provisional.

- El giro histórico de China hacia el capitalismo global

El primer gran actor “comunista” que acepta la ausencia de futuro de su modelo es China, tras la muerte de Mao Tse Tung, en 1976. Dos años más tarde, en 1978, Deng Xiaoping convence al Partido Comunista Chino para iniciar un giro histórico en el mundo del Socialismo Real, planteando la necesidad de integrarse en la lógica del mercado mundial capitalista. Y es en ese tiempo, también, cuando se estaba gestando la Contrarrevolución Neoliberal del capitalismo occidental. Harvey (2007) nos resalta la relevancia de la confluencia de los dos momentos de ruptura, pues el nuevo capitalismo global sería inconcebible sin la incorporación del gigante asiático al mercado mundial. La Contrarreforma Neoliberal y la “globalización” del capitalismo eran el nuevo salto adelante que iba permitir a los dos dinosaurios subsistir. Uno, en apariencia más potente, pero tocado, y otro, bastante más débil en ese momento, pero pronto en fuerte auge, aunque seguramente sentenciado también en el medio plazo. La confluencia de los dos, su “apoyo mutuo”, podía iniciar una nueva etapa de crecimiento y acumulación, eso sí, si había energía barata. Como la volvió a haber desde principios de los ochenta. Con una clara división del trabajo, uno, se iba a encargar de convertirse en el consumidor en última instancia, en especial EEUU; y el otro, se iba a convertir en la Fábrica Global. China inicia esa enorme transformación de forma balbuciente, a tientos, incorporando al principio a la lógica capitalista sólo algunos enclaves de su costa del Pacífico, hasta ampliar dicha dinámica a territorios patrios cada vez más amplios. Incluso engulle a Hong-Kong, en 1997, uno de los máximos baluartes del capitalismo en Oriente, bajo el lema “Un Único País, Dos Sistemas”, tras el fin pactado de la presencia británica. En cualquier caso, la reestructuración fue salvaje y zarandeó al Estado y a la Sociedad de arriba abajo. El introducir la privatización, la lógica de mercado y la competitividad en un sistema como el del “comunismo chino”, era alterar las bases mismas de su sistema y desatar tensiones y conflictos sociales y territoriales que podían desafiar la estructura de poder y la legitimidad del Partido Comunista Chino (PCCh), así como poner en peligro la unidad del Estado (en el caso del Tíbet y Xin Jiang, principalmente).

El “Estado Social” del “comunismo chino” prácticamente saltó por los aires, y fue sustituido por un capitalismo fuertemente autoritario, con extremas desigualdades sociales, pilotado con mano de hierro por el PCCh como columna vertebral del Estado. El Estado-Partido se mantenía, aunque transformándose profundamente, sobre todo sus “Dioses”. Es decir, sus valores, creencias y mecanismos de legitimación. Se buscaba reforzar aún más el sentimiento nacional, como ya apuntamos, pero en esta ocasión recurriendo a las raíces culturales, religiosas y étnicas dominantes, que se habían querido borrar durante la etapa “comunista”. El nuevo nacionalismo se afianzaba en las raíces del pasado, en el momento en que se incorporaban también gran parte de los valores de la modernidad occidental. Un cóctel complejo. Pero igualmente se ha sabido utilizar magistralmente el Deporte Espectáculo y Competitivo, para generar sentimiento patrio y proyectar la imagen de China en el mundo, como pudimos ver en las Olimpiadas de 2008 en Pekín. Toda una operación mediática de Estado, con toque prusiano. Por otro lado, el fuerte impulso del empleo asalariado, y en menor medida del consumo, que iba a traer el crecimiento, se pensaba que cohesionarían además a la nueva sociedad china, que contaba con una fuerza de trabajo altamente disciplinada y cualificada. El futuro parecía brillante, aunque el

camino a transitar fuera duro. Hubo que reestructurar y en muchos casos cerrar y dismantlar miles de empresas estatales, reduciendo masivamente la fuerza de trabajo empleada. Pero al mismo tiempo se abrieron otras miles de empresas de la mano también del capital y tecnología extranjera, aunque en general bajo el control chino. Es más, el PCCh activó los contactos con los importantes capitales de la Diáspora exterior china (huidos tras la llegada del “comunismo”), para animarlos a invertir en el Nuevo Estado (Arrighi, 2007).

Las transformaciones fueron tan vertiginosas, sobre todo porque como resultado de todo ello se estaba produciendo el cambio de una sociedad fuertemente rural a una sociedad fuertemente industrial y metropolitana, que las tensiones sociales de esta Gran Transformación surgieron por doquier. Si bien el mundo campesino, en el interior de China, aunque erosionado, todavía tiene una dimensión muy importante. En este proceso de transformación surgieron demandas democráticas, que fueron segadas tras el aplastamiento popular en Tiannamen, en 1989. El mismo año de la Caída del Muro de Berlín. Pero tras unos años de fuerte represión, el nuevo Estado-Partido para mantener su legitimidad no tuvo más remedio que permitir elecciones “plurales” en el primer escalón de gobierno, el nivel municipal, permitiendo que “agrupaciones de electores” pudieran concurrir a las urnas. Era la manera de controlar las tensiones sociales, y orientar hacia las instituciones los conflictos, al tiempo que se blindaba para los miembros del PPCh los otros tres niveles superiores de gobierno. En China, debido a su enorme tamaño, encontramos cuatro escalones de gobierno del Estado. Es decir, la resolución de las tensiones se quería confinar en la escala puramente local, para impedir que prosperaran en extensión territorial y hacia arriba, sin que eso menoscabase un ápice el autoritarismo del PCCh. De esta forma, el sistema intentaba ganar en estabilidad y legitimidad, al menos mientras durara el crecimiento, que ha estado batiendo récords en los últimos veinte años. China necesitaba (y necesita) de esa importante tasa de crecimiento para absorber la fuerza de trabajo desplazada de su antiguo aparato productivo y administrativo, y para poder comprar petróleo en el mercado mundial¹⁰, a partir del flujo en dólares que iba a obtener con las exportaciones. Al mismo tiempo, también, el PPCh animaba a los nuevos empresarios a ingresar en el Partido, pues como ya dijimos: “Enriquecerse es un deber patriótico”.

Una de las características principales de la transición y reestructuración capitalista del Estado chino es que la iniciativa fue interna, previa a su previsible crisis total, y que todo el proceso siempre ha estado fuertemente controlado por el PCCh. Los actores institucionales y empresariales occidentales han sido meros espectadores de lo que allí acontecía. Eso sí, sumamente interesados en sus resultados, por lo que les atañía. Y en esta apertura progresiva a la lógica de mercado dirigida por el Estado-Partido todavía subsisten espacios, principalmente en el mundo rural, fuera de la racionalidad del capital, debido a los intereses de estabilización político-social del propio Estado. El protagonismo pues del PCCh en toda la transición ha sido incontestable. E incluso durante la fuerte crisis del 97-98 que acabó afectando a toda la región, China se mantuvo incólume, y el FMI y el BM fueron incapaces de imponer sus recetas y reformas al gigante asiático. China se mantenía cerrada a la libre circulación de capitales con el resto del mundo, lo que actuaba como una especie de “muralla china monetario-financiera” que la blindaba de los vendavales especulativos que asolaron el sudeste asiático, según las palabras de George Soros (2002). Y los capitales occidentales se quedaron a sus puertas esperando que el Dragón chino sucumbiera ante el tifón desatado por las fuerzas de los mercados financieros, como había ocurrido con otros Estados de la región. China resistió y mantuvo el yuan vinculado al dólar, sin alteraciones, mientras todas las monedas del sudeste asiático se

¹⁰ China es dependiente del petróleo mundial desde mediados de los noventa, como ya hemos señalado, y cuenta con importantes reservas de carbón, que está utilizando intensamente.

precipitaban en el abismo, arrastrando consigo a sus economías, y obligando a sus Estados a ponerse en manos del FMI y el BM (Gowan, 2002).

- El derrumbe de la URSS y de su zona de influencia cercana

Por otra parte, el otro gran actor “comunista” que empieza a percibir la ausencia de futuro, es la Unión Soviética en los ochenta. En esos años, la URSS atraviesa su pico del petróleo y sufre de lleno la intensa bajada de los precios internacionales del crudo. Su principal fuente de divisas. Gorbachov, ante la crisis, esclerosis, burocratización y fuerte erosión de legitimidad del sistema inicia la Perestroika y la Glasnost, unas políticas atrevidas de reforma y transparencia. En gran medida se adelanta también a la posible crisis terminal del modelo, ante la creciente incapacidad del sistema para lidiar con los problemas, y debido a la pérdida de fe en los dirigentes entre los dirigidos. Pero la Glasnost no hace sino sacar a flote las miserias y contradicciones del sistema, pues activa una fuerte ebullición social, acelerando la crisis. Sin embargo, va a ser en la RDA, en la mitad del corazón territorial de la Guerra Fría (la antigua Alemania), donde el conjunto del sistema soviético va a iniciar su crisis terminal, tras un breve pero intenso periodo de fuertes movilizaciones (“Nosotros Somos el Pueblo”) y huída hacia Occidente por parte de sus ciudadanos, vía Hungría. La tremenda presión social derriba el régimen policial “comunista” y el Muro. Tras la Caída del Muro de Berlín (1989), las Revoluciones de Terciopelo se propagan como la pólvora por los países del Centro y Este de Europa, derribando las llamadas “Democracias Populares”. Y, tras ello, la crisis final se precipita en poco tiempo, y se produce el colapso de la URSS (1991). El enorme corazón del sistema de Estados del bloque soviético. La estructura de poder que vinculaba entre sí todos los Estados se desintegra, predominando las fuerzas centrífugas sobre las centrípetas.

Los Estados del Centro y del Este piden rápidamente el ingreso en la UE, con el fin de distanciarse de su antiguo centro opresor y buscar una salida “propia”, al tiempo que establecen también vínculos con EEUU. Las sociedades presionaban claramente en esa dirección, y a los restos (abundantes) de las elites no les quedaba más remedio que seguirlas, para salvar el pellejo y su posición en la medida de lo posible. Al desintegrarse la URSS, sus Estados miembros recuperan la independencia y nueva capacidad de acción, llamando a la puerta de Occidente. Es otra etapa del siglo XX de importante creación de nuevos Estados, en la que habría que incluir la paulatina aparición de nuevos “mini-Estados” por la desintegración sangrienta de la Ex-Yugoslavia. Un peculiar Estado “comunista” fuera de la esfera de influencia de la URSS, pero al que le afecta también de lleno el maremoto del colapso. Todo el aparato productivo centralizado soviético se desmorona, y la capacidad de producción industrial cae en poco tiempo más del 50% (Kothari, 2001). Un colapso en toda regla. El desmoronamiento y vacío de poder es enorme. Un momento único en la Historia moderna, que nos puede aportar algunas luces de cara a comprender futuros escenarios de colapso. Pero sobre ello volveremos más adelante en el libro.

Nunca antes había ocurrido que una estructura política con tanto poder y tantos instrumentos para mantener el poder (KGB, enorme ejército, gran complejo científico, inmenso poder nuclear, posición de superpotencia, etc.) hubiese desmantelado su estructura de dominio, reconociendo que el conjunto del edificio de poder no se correspondía con las nuevas circunstancias, al tiempo que procedía a dispersar el poder, sin que casi se disparara un tiro. Y nunca antes un Estado había decidido reducir tan fuerte y rápidamente su poder militar, su maquinaria de vigilancia, inteligencia y seguridad. Setenta años de intervencionismo estatal política y científicamente planificado para destruir el capitalismo, y hacer que su población lo odiara, acabaron por producir exactamente lo contrario (Kothari, 2001). Los viejos ídolos y mitos, las estatuas de Lenin y Marx, se derribaron de la noche a la mañana y la población se ensañó con ellas. Las señas de identidad de décadas se derritieron.

Los antiguos “Dioses” fueron tragados por la potencia del momento histórico. Nunca había ocurrido nada igual. La desorientación de la población era enorme. El ansia de agarrarse a una nueva opción de futuro, también. Y en esto, apareció Occidente que se presentaba a sí mismo como la gran Solución. Y la gente lo bendijo y se lo creyó. Todo lo proveniente de Occidente parecía bueno, y lo propio malo. Y las estructuras institucionales occidentales (FMI, BM, *Think Tanks*, etc.) pudieron entrar en este inmenso territorio sin problemas, es más, con todas las bendiciones, para reestructurar los restos del imperio soviético, de la mano de Yeltsin, y facilitar la entrada a saco del capital occidental. El saqueo de la enorme riqueza del Estado ruso se distribuyó entre el capital occidental y los nuevos oligarcas y mafias rusas surgidas del antiguo aparato del Estado soviético, y el pueblo fue un espectador pasivo y enormemente sufriente de toda la situación. Uno de los objetivos del saqueo eran las importantes reservas de combustibles fósiles (de crudo y gas), y ahí estuvieron las *Majors* occidentales del petróleo dispuestas a hacerse con el botín.

El resultado de todo ello fue un empobrecimiento, marginación y desintegración social masivos. Las desigualdades sociales se dispararon como en la época de los zares. Parecía como si no hubiera tenido lugar, nunca, la revolución rusa. El sistema sanitario se vino abajo, la mortalidad se disparó y la esperanza de vida cayó bruscamente. Un sector considerable de la población joven emigró, y la población rusa se contrajo y envejeció rápidamente. El Estado no tenía dinero ni para mantener las prisiones, y a gran número de presos se les puso en la calle. Esta tremenda Terapia de Choque permitió moldear un nuevo Estado de acuerdo en gran medida con los intereses del capital internacional, si bien la ausencia de seguridad jurídica a todos los niveles era un problema potencial para sus objetivos. Como así fue más tarde. Era como crear un Estado ex-novo, con todos los problemas que ello lleva aparejado. Un inmenso laboratorio para las estructuras de poder occidental con el fin de probar futuras reestructuraciones del poder político. Fue un experimento traumático que duró unos años, y que se agravó a resultas del impacto sobre Rusia de las ondas de choque de la crisis del Sudeste Asiático (1998), cuando la brusca bajada del precio del petróleo se lleva por delante el rublo y el sistema financiero ruso. Pero en estas apareció Putin y puso fin a este estado de cosas, impulsando un Estado fuertemente autoritario, tras una fachada mínimamente democrática. El Estado volvió a controlar el petróleo y el gas, marginando o expulsando a las *Majors* occidentales, y hasta encarcelando a algún oligarca del oro negro, y se benefició de la intensa subida del precio del crudo (y del gas) de estos últimos años. Putin pasó a reconstruir una fuerte identidad propia, rusa, profundizando en el nacionalismo y vinculándolo también con las raíces previas a la llegada del “comunismo”, incluso las religiosas, al tiempo que se vilipendiaba a Occidente de todo lo acontecido durante la etapa Yeltsin. Y el Oso Ruso pasó también a reforzar su poder geopolítico mundial, a través de su dimensión militar, y como forma igualmente de ganar legitimidad interna. Rusia recuperaba su orgullo, mejorando su condición económica y la fe en el futuro de sectores importantes de su población (por cuánto tiempo, es otra cosa). Otra parte muy considerable de sus ciudadanos había quedado en la cuneta, los más pobres y los más viejos.

En los antiguos Estados “socialistas” del Centro y del Este de Europa la situación fue algo distinta. Éstos, como ya hemos apuntado, intentaron buscar refugio en la UE, y la Unión les abrió las puertas. Eso sí, imponiendo ella todas las condiciones a su ingreso en el Mercado Único. Y ellos las aceptaron sin rechistar, pues no tenían ni capacidad ni fuerza para negociar. El capital europeo occidental (más que el del mundo anglosajón) entró a saco en esos territorios, apropiándose de sus recursos, empresas y sistema financiero, reestructurando su aparato productivo y reforzando la industrialización de su agricultura, y beneficiándose de sus mercados y de su fuerza de trabajo, a través de deslocalizaciones industriales o de la inmigración. La brusca reforma de sus Estados se impulsó no sólo desde Bruselas, sino que corrió también de la mano del FMI, BM y BERD (el nuevo Banco de “Desarrollo” que se creó para los

países del Este). La mayoría de estos Estados tenían una considerable deuda externa que debía ser “gestionada”, y además se les concedieron nuevos préstamos para que impulsaran su “Desarrollo” (a través de nuevas infraestructuras, principalmente, que los conectarían con Europa Occidental), y de paso se endeudaran aún más. La dimensión Social del Estado saltó dinamitada por las Reformas impuestas (privatización de la sanidad, las pensiones, la vivienda, etc.), ante la incapacidad social de oponerse a las mismas.

Las sociedades estaban totalmente desestructuradas y en estado de *shock*, porque habían sido ya diezmadas por el Socialismo Real (sin sindicatos independientes del poder, sin organizaciones sociales autónomas, etc.), y sobre todo por la Terapia de Choque que se les estaba aplicando. Eran incapaces de entender siquiera lo que estaba pasando, pues se habían alterado bruscamente sus mapas cognitivos para comprender la realidad. Además, el *glamour* que venía de Occidente, y la aparición de los nuevos ricos, y su gran capacidad de consumo, lograba ocultar la dimensión del desastre social. Habían perdido su antigua identidad y “estabilidad”, y de repente, la nueva identidad, que había sido bienvenida al principio con alborozo, les precipitaba en una nueva situación traumática y altamente inestable. Ante ello, importantes volúmenes de población joven emigraron hacia la Europa Occidental, que les acogía como mano de obra barata y precaria para reforzar su propio crecimiento, y realizar tareas de cuidado, al tiempo que les marginaba y estigmatizaba socialmente. El impacto emocional y psicológico de todo ello sobre dichas sociedades fue mayúsculo. Su orgullo nacional estaba por los suelos. Las nuevas elites que se consolidaban, también precaria y convulsamente, provenientes en general de las antiguas estructuras de poder, decidieron apoyarse asimismo en EEUU para reforzar su condición, aceptando la propuesta del Tío Sam de su ingreso en la OTAN. Una propuesta envenenada, pues Washington buscaba también debilitar la futura consolidación de la UE, como actor político y militar a escala global. Así, los Estados del Centro y el Este de Europa ingresaron en la OTAN antes que en la UE, en su macro-ampliación al Este, actuando como el Caballo de Troya de EEUU en el seno de la nueva Unión. Y los nuevos Estados “democráticos” que se construyeron, tras las Revoluciones de Terciopelo, tras un breve periodo inicial que gozaron de cierta legitimidad, entraron rápidamente en una espiral de fuerte devaluación política e institucional, no es para menos, y la población se desentendió de forma mayoritaria de la “cosa pública”. En paralelo, las estructuras mafiosas no hicieron sino prosperar. Y todo eso antes de la llegada de la Crisis Global actual que ha sacudido muy fuertemente toda esta región, como veremos más adelante.

Pero la onda expansiva de la crisis y colapso del Socialismo Real, y del fin del mundo bipolar de la Guerra Fría, afectó gravemente a muchos más Estados. Por un lado, a los de la propia URSS, fuera de la Federación Rusa, que quedaron en una Tierra de Nadie, entre Occidente (y su área de influencia) y Rusia, sometidos a fuertes tensiones entre los dos polos. En un primer momento muchos aceptaron la “mano tendida” desde Occidente, y especialmente desde EEUU, en la época de Yeltsin, pero tras la llegada de Putin, algunos volvieron a acercarse tímidamente otra vez al Oso Ruso, sobre todo en Asia Central, al tiempo que se alejaban de Washington. El poder gravitacional de Moscú, activado por su reforzamiento militar, volvía a ejercer otra vez su influencia, en esta región estratégica rica en petróleo y gas. Los más afectados por la Gran Transición fueron probablemente el conjunto de Estados entre Rusia y la UE ampliada: Ucrania, Moldavia, Bielorrusia y los Estados del Cáucaso. Sin potencia económica propia, y con limitados recursos la mayoría de ellos (salvo algunos del Cáucaso con petróleo), estaban al albur de las dinámicas y de la confrontación entre Occidente y la nueva Rusia, ocupando una posición estratégica en el camino del gas hacia la UE. Las poblaciones los abandonaban también en masa, especialmente hacia Occidente, pero se chocaban contra el Nuevo Muro que había levantado la UE Fortaleza en sus más de 4.000 kms de nueva frontera oriental. Las interrelaciones

comerciales que habían existido históricamente entre ellos y los Estados del Centro y el Este de la nueva UE, se vinieron abajo, agravando aún más su situación económica. Lo cual hizo que la debilidad institucional de todos estos Estados fuera bastante más grave que los de la nueva hornada de la UE-27, pues a las reformas neoliberales que les impuso el FMI, el BM y el BERD, había que sumar el vacío institucional supraestatal que sufrían, en ese nuevo *Tour de Force* entre Occidente y Rusia. Estos Estados que habían sido periféricos durante décadas, ya no sabían bien de quién dependían. Cuáles eran sus nuevos Amos, y hacia donde tenían que mirar y caminar, pues la UE también les había cerrado sus puertas. Muchos de ellos fueron sacudidos por las llamadas Revoluciones de Colores, protagonizadas por sus pueblos, ante el malestar social creciente, pero se vieron también azuzadas entre bambalinas desde Occidente. Bush quería ampliar aún más el flanco oriental de la OTAN para aislar al Oso Ruso, y animaba a sus poblaciones a pedir su protección militar. Pero tras las Revoluciones de Colores, sus sociedades pudieron constatar rápidamente la nadería de lo conseguido en sus nuevas “democracias”, y volvieron la espalda de forma manifiesta también a la esfera de “lo político”. La crisis de sus Estados antes de la llegada de la Crisis Global era pues patente.

- El impacto en ultramar de la quiebra del Socialismo Real

Finalmente, decir que la onda expansiva de la crisis y colapso del Socialismo Real, y del Fin de la Guerra Fría, llegó mucho más allá de los territorios ya apuntados, atravesando océanos y afectando intensamente a Estados de continentes y archipiélagos lejanos, que luego se vieron fuertemente zarandeados también por la onda de choque de la Contrarreforma Neoliberal global. Desde América Latina y el Caribe, donde acabó provocando el colapso de los movimientos guerrilleros en Centroamérica, y afectando de lleno a la Revolución Nicaragüense, seriamente tocada por el acoso de años de Washington. Hasta Cuba, donde el corte brusco de su relación privilegiada con la URSS, la sumió en una muy profunda crisis. El Periodo Especial, como lo llaman los cubanos. El petróleo vuelve a ser el principal protagonista de esta crisis, pues la retirada del petróleo soviético fue el detonante fundamental del Periodo Especial. Cuba no tenía dólares para pagar el petróleo en el mercado mundial, aparte de estar ahogada por el bloqueo estadounidense. Y es por eso por lo que acentúa su especialización en el sector turístico para conseguir las divisas fuertes necesarias, y muy en concreto dólares, para comprar crudo, pues ya no estaba Moscú para ayudarla. Pero la onda expansiva del colapso soviético impactó también en África, en Angola, Mozambique, y en los Estados del Cuerno de África, principalmente, convulsionando dichos Estados, y activando en muchos casos guerras civiles. Y el Tsunami iniciado en Moscú y Pekín terminó también afectando a los Estados en la órbita del Socialismo Real de la Península de Indochina, en especial a Vietnam y a Camboya. En todos ellos, salvo en Cuba (por el momento), una vez que pasó el Tsunami de la crisis y colapso del Socialismo Real, llegaron el FMI y el BM, entre otros, a moldear los nuevos Estados, de acuerdo con las necesidades del nuevo capitalismo global. Una nueva Terapia de Choque. Y en todos ellos, también, las diferencias sociales se agudizaron hasta extremos inconcebibles, pasando a ser las antiguas elites “comunistas” uno de los principales beneficiarios del reparto del botín del Estado, junto con el capital internacional.

Imperio global del capital y “regionalización” inter y supraestatal del Estado

A lo largo de los siglos de existencia del capitalismo, tal como nos señala Arrighi (1999), los procesos de acumulación creciente de capital han ido exigiendo estructuras estatales cada vez más amplias y complejas, que operaban como un sistema-mundo de Estados capitalistas, comandados normalmente por un Hegemón, o Estado Líder. En los diferentes ciclos de expansión del capitalismo el Estado Hegemón fue ganando

en tamaño y complejidad, y el sistema-mundo de Estados también, al tiempo que iban utilizando y controlando un mayor flujo energético, como ya hemos ido viendo a lo largo del libro. Los Hegemonos pasaron del tamaño de la Ciudad-Estado: Venecia, p.e. (siglos XIII-XV), al de las monarquías española y portuguesa (siglos XV-XVII), pasando por el Estado protonacional de las Provincias Unidas (siglos XVII-XVIII), y el Estado multinacional: Reino Unido (siglos XVIII-XIX), hasta acabar en el Estado de tamaño continental: EEUU (siglo XX). Pero los Hegemonos también fueron liderando un sistema-mundo de Estados capitalistas, jerarquizado y en competencia entre sí, que a lo largo de los siglos fue ampliando su dimensión territorial y su proyección mundial. Primero, estuvieron confinados sólo en el Norte de Italia, en los primeros estadios de la expansión de la lógica capitalista, con proyección hacia el Lejano Oriente en cuanto al comercio de larga distancia (siglos XIII-XV). Después, estuvieron ubicados en Europa occidental, con una proyección crecientemente mundial, debido a la “Conquista de América” y a la circunnavegación de África, alcanzando también a territorios del Lejano Oriente (siglos XV-XVIII). Más tarde, en el siglo XIX, con Gran Bretaña como nuevo Hegemón mundial, el Sistema-Mundo de Estados capitalistas amplió su base territorial, y pasó a incorporar también a los nuevos Estados independientes de América, mientras los distintos imperios europeos se expandían por todo el globo, y todo ello gracias al carbón y a la Revolución Industrial. Aún así, muchos territorios del mundo estaban todavía al margen de la lógica del capital.

Pero a lo largo del siglo XX el Estado de corte capitalista se ha difundido ya por todo el planeta, como hemos visto, con EEUU como principal Estado Hegemón durante gran parte del siglo; aunque compartió esa hegemonía durante varias décadas con la URSS, con su particular capitalismo de Estado, en una parte del planeta, además de con China, en su propio espacio territorial. Sin embargo, a finales del siglo XX, había ya un único Hegemón global, EEUU, y la lógica del capital se enseñoreaba ya por el planeta entero y dominaba múltiples ámbitos de la actividad humana, gracias en gran medida al petróleo, pero también al resto de los combustibles fósiles (carbón y gas), fundamentalmente. Pues, como ya vimos, entre todos ellos cubren grosso modo el 85% de las necesidades energéticas mundiales. Aún así, todavía hay ciertos ámbitos territoriales y sociales que se resisten a la lógica del capital. De esta forma, al alborar el siglo XXI, el Sistema-Mundo de Estados tiene un alcance ya global, y es sumamente complejo. No solo es un Sistema-Mundo fuertemente jerarquizado, y en continua transformación y competencia entre los distintos actores, estructurados a su vez en Centros y Periferias, sino que cada vez más los diferentes Estados se van configurando en articulaciones regionales más estrechas, a su vez jerarquizadas y en continuo movimiento, embriones de un capitalismo global multipolar. Al mismo tiempo, se profundizan paulatinamente instrumentos de gobierno más intensos entre algunos de los Estados, o conjuntos de Estados, los más poderosos y con ansias de proyección mundial. Y, por último, se avanza lentamente en ciertas estructuras de “gobierno mundial” (la OMC, p.e.), de acuerdo fundamentalmente con la lógica del capital, pero también fuertemente condicionadas por los conflictos interestatales y político-sociales. Los procesos de acumulación de capital, en continua competencia también entre sí, siempre han ido bastante por delante de la cristalización de los poderes estatales que garantizaran su mantenimiento y gobernabilidad, y que los potenciaran aún más. El poder y la dimensión territorial del Estado siempre han ido por detrás del poder y proyección espacial del capital, pues no en vano el Estado tenía que lidiar con la complejidad y conflictividad de lo social, que dejaba tras de sí la expansión del capital. A su vez, el “capital productivo” ha ido por detrás del “capital financiero” en su desapego del territorio, pues siempre ha necesitado de un importante sustrato espacial, infraestructural, material y social para implantarse y operar. En la etapa de la Contrarreforma Neoliberal ese tipo de capital se ha concentrado y transnacionalizado intensamente, con el apoyo de los propios Estados donde ubican sus sedes centrales, al tiempo que ha reforzado su propia dimensión financiera, lo cual

ha creado empresas transnacionales que son más grandes que muchos Estados del mundo.

Por último, el “capital financiero” es el que presenta una dimensión más flexible, “inmaterial” y desterritorializada, aunque también necesita de enclaves espaciales y sociales para funcionar, y del concurso de los Estados (sobre todo los grandes) para prosperar y como posible red de seguridad, llegado el caso; siendo el capital puramente especulativo (y mafioso) el que podemos decir que no tiene ya ninguna Patria. Es más, el “capital financiero” ha forzado la creación en los últimos 30-40 años de un rosario de Paraísos Fiscales (“Micro-Territorios Fantasma”, por así decir) para poder operar al margen de los controles estatales, y en contra de los mismos, y de la existencia de estos enclaves también se beneficia, por supuesto, el gran “capital productivo”. Al mismo tiempo, el “capital financiero” ha ido imponiendo cada vez más su lógica al “capital productivo” (la llamada *Corporate Governance*). Pero el “capital productivo”, que opera cada vez más a escala global, aunque sus principales sedes estén en los Estados centrales (y desde hace poco en los Estados Emergentes), necesita de los Estados y, especialmente, de las nuevas articulaciones interestatales y supraestatales para mejor funcionar. Es más, le gustaría muy probablemente estructuras y reglas más sólidas de gobierno mundial, definidas eso sí por él mismo para mejor defender sus intereses, pero ese objetivo es, por el momento, y quizás para siempre, una quimera. Muchas de estas cuestiones económico-monetario-financieras ya han sido abordadas anteriormente con más en detalle, pero resaltaremos ahora más específicamente los procesos más “recientes” (de los últimos 30-40 años) que podríamos caracterizar como de “regionalización” interestatal y supraestatal de los Estados; y hasta de “mundialización” limitada de los mismos, en la época de la Contrarreforma Neoliberal y creciente implantación de un imperio global del capital.

Desde los años setenta, como resultado directo de las distintas crisis de esa década (energética, económica, monetaria, etc.), observamos la paulatina creación de una nueva agrupación entre los Estados centrales para mejor enfrentar esas circunstancias, pero también con ansias de ampliar su proyección global: el G-7. En los noventa se amplía con la integración de la Rusia y se conforma el G-8; si bien Rusia, con Yeltsin, sólo se incorpora a la dimensión “política” del G-7, que no a la “económica”. El G-7 va a permitir consolidar una nueva estructura de coordinación del “imperialismo colectivo” dulce de Occidente ampliado con Japón (algo ya bosquejado como posibilidad por Karl Kautsky a principios del siglo XX), que complementa otras estructuras internacionales supraestatales que ya controlaban: el FMI y el BM, principalmente (Roth, 2007). Lo cual va a posibilitar profundizar la lógica del mercado mundial, acompañando y fomentando los procesos de transnacionalización del capital. En 1995, se crea una nueva y potente organización mundial, la Organización Mundial del Comercio (OMC), a partir del GATT, que establece normas globales supraestatales de comercio e inversión en ámbitos crecientes, así como de defensa de la “propiedad intelectual”, que obliga a los Estados firmantes a adaptar su marco legal a las mismas, y que tiene capacidad para imponer sanciones a los Estados que las incumplan. Igualmente, la OMC tiene en su seno un órgano de resolución de conflictos, a donde los grandes Estados (en nombre de sus empresas transnacionales) pueden llevar a los Estados con los que mantengan conflictos comerciales. Un organismo parecido en materia de inversiones existe en el seno del BM (el CIADI), que complementa también los acuerdos bilaterales más profundos que se dan en ocasiones entre Estados centrales y periféricos, para mejor defender los intereses de sus empresas y bancos transnacionales. Sin embargo, la ampliación de ámbitos y competencias de la OMC ha chocado en los últimos años con la fuerte oposición de algunos de los grandes Estados Emergentes, y muchos otros del Sur Global, y su potencia ha quedado por el momento mermada. Y es por eso por lo que se han acentuado los llamados Tratados de Libre Comercio entre los principales actores estatales globales y las distintas

agrupaciones regionales interestatales planetarias, con el fin de lograr los mismos objetivos, pero por otros medios, más complejos y limitados.

La creación y profundización de procesos de “regionalización” interestatal de Estados, va a posibilitar la plasmación de mercados regionales más amplios e integrados en diferentes espacios planetarios. Uno de ellos, quizás el proceso más conocido, innovador y relevante, es el de la progresiva “integración europea” (aquí sí podemos hablar de progresiva “regionalización supraestatal”), que empieza ya a finales de los 50, que se va a ampliar y profundizar con la creación del Mercado Único en los 80, y más tarde en los 90 con la creación de la UE a 15, así como con la instauración del euro, y que se ha extendido recientemente a 27 miembros. Una integración, en un principio, principalmente económica y monetaria (aunque no todos sus miembros forman parte del euro), que configura el mayor mercado del mundo en términos de PIB, a la que hasta ahora le ha faltado desarrollar su dimensión más política y militar, debido al rechazo a una integración más profunda en estos ámbitos por parte de algunos Estados, y sobre todo por el revés popular cosechado en distintos referendos (el No a la Constitución Europea y, posteriormente, al Tratado de Lisboa). Pero la reciente aprobación final del Tratado de Lisboa permitirá dotar a la UE de una mayor dimensión político-militar (Fdez Durán, 2007). A pesar de todo se ha consolidado una importante dimensión institucional supraestatal comunitaria, con sede en Bruselas, que es la que vehicula los intereses de los principales actores empresariales y financieros europeos, y desde la que se ha impuesto principalmente la Contrarreforma Neoliberal sobre los distintos Estados de la Unión. Pero por supuesto no todos los Estados de la UE son iguales o tienen el mismo peso, y se agrupan también en Centros y Periferias dentro de la propia Unión. Por otro lado, EEUU también acomete un proceso de rasgos similares con México y Canadá, en 1994, el Tratado de Libre Comercio del Atlántico Norte (TCLAN), aunque su dimensión institucional y de intervención son mucho menores. Es puramente la creación de un libre mercado para mercancías y servicios, no para las personas, sin casi ningún mecanismo de financiación ni compensatorio. Lo contrario de la UE, al menos hasta ahora¹¹.

Igualmente, en otros espacios regionales planetarios asistimos en los últimos tiempos a procesos similares, pero al igual que el TCLAN, de bajo perfil institucional: Mercosur, Comunidad Andina, Unión Centroamericana, ASEAN (en el Sudeste Asiático), Comunidad del África Austral, Consejo del Golfo Pérsico, etc. Y hasta se han empezado a impulsar recientemente algunas más amplias, como UNASUR: Unión de Naciones de América del Sur, aparte de otras confluencias regionales “alternativas” como el ALBA¹². Estas dinámicas interestatales se impulsan desde dichos espacios regionales para defender mejor a sus propios actores empresariales, acceder a recursos más amplios que los de los propios Estados, y resistir con más fuerza los embates del mercado mundial, al tiempo que se articulan también acuerdos entre estos espacios regionales entre sí, con el mismo objetivo; aunque también estas agrupaciones son promovidas muchas veces desde los propios espacios centrales, pues los principales actores transnacionales empresariales y financieros con sede en los mismos, prefieren tener reglas comunes supraestatales para operar en los mercados regionales planetarios, y acceder y apropiarse de sus recursos. Son ellos también los principales interesados, para no tener que andar lidiando con cada Estado por separado, estableciendo normas comunes, y aprovecharse al mismo tiempo de mercados más amplios que los estatales. Y es por eso por lo que en los últimos tiempos, como decíamos, tras el fracaso de las últimas rondas de la OMC, estamos asistiendo al impulso de Tratados de Libre Comercio entre los distintos espacios

¹¹ Recientemente EEUU ha impulsado el desarrollo de una dimensión fundamentalmente securitaria del TCLAN, llamada ASPAN (Asociación para la Seguridad y Protección de América del Norte).

¹² Alianza Bolivariana Americana, en la que están integrados Venezuela, Ecuador, Bolivia, Cuba y Nicaragua, que en principio funcionan bajo lógicas distintas a las del llamado “libre mercado mundial”.

centrales (EEUU, UE y Japón, principalmente) y las asociaciones regionales interestatales periféricas o semiperiféricas ya mencionadas, en los que se incluyen también la protección de inversiones. E incluso los grandes actores estatales emergentes: China e India, p.e., impulsan a su vez acuerdos parecidos con sus propias periferias estatales, que van consolidando.

A principios del siglo XXI se estaba pues configurando un capitalismo global crecientemente multipolar, en un mundo cada vez más unificado, pero cada día también más dividido, que la fuerte irrupción neoimperialista de EEUU (con Bush) tras el 11-S pareció ocultar momentáneamente, pero que ha cobrado toda su trascendencia con ocasión de la actual Crisis Global. El G-7 (o G-8) ha dejado de existir, o más bien de tener trascendencia político-económico-financiera mundial para abordar los grandes retos de la presente Crisis Global, y ya solo podemos hablar del G-20, donde participan los principales actores estatales planetarios, como posible instancia para intentar hacerles frente desde la perspectiva de los poderosos. Solo ellos, en todo caso, pueden procurar domesticar a una bestia que opera desbocada a escala planetaria, el capital, y que ninguno de los principales Estados por sí mismos, ni los más grandes, ni incluso el Hegemón, en crisis, puede ya dominar, sobre todo en su dimensión financiera. Es más, todos le rinden pleitesía, pues les va también su propia vida en ello. El capital es el nuevo Dios supraestatal, que no responde ante nadie. Un Dios ubicuo, de múltiples cabezas, que anualmente se reúnen en la Montaña Mágica, Davos, para coordinar estrategias, y a la que acuden los representantes estatales de todo el globo a solicitar sus favores, desde hace más de tres décadas. Un Dios que opera por encima del ordenamiento jurídico internacional, incapaz de ser juzgado por ninguna institución humana¹³. Es más, un Dios que está utilizando ya la institución global más significativa, NNUU, para lavar su propia imagen terrenal, poniéndola cada vez más a su servicio¹⁴. Pero, en fin, sobre algunas de estas cuestiones volveremos más adelante en el libro al hablar de la actual Crisis Global.

Por último, apuntar algo más sobre los procesos de “regionalización” interestatal y supraestatal en el ámbito de lo militar, es decir, del poder fuerte de los Estados, en el actual capitalismo global. El Hegemón estadounidense, el máximo poder militar del globo, en principio no ha estado interesado en el dominio directo del territorio, salvo con la llegada de Bush y la invasión de Irak. Pero EEUU mantiene 700 bases militares por todo el mundo, y tiene acuerdos militares con cerca de 130 países (Chase Dunn y Reese, 2006). Las alianzas militares en que participa EEUU las ha impulsado Washington, en especial la OTAN, y las controla de forma importante por su tremendo poder militar. La OTAN, un producto de la Guerra Fría y vinculada en principio al ámbito del Atlántico Norte¹⁵, tal y como reza su nombre, decide expandirse hacia el Este en los noventa, incorporando a la nueva hornada de miembros de la UE. Pero también decide ampliar su potencial alcance global. Es decir, tras el fin de la Guerra Fría, la OTAN no solo no desaparece, como el fenecido Pacto de Varsovia, sino que se refuerza aún más. Por otro lado, en el Pacífico, EEUU también mantiene acuerdos militares con muchos de los Estados (Japón, Corea del Sur, Filipinas, etc.), lo que le permite ampliar su área de influencia en esta región. La UE no tiene hasta ahora una dimensión militar propia, más allá de un cuerpo expedicionario para casos excepcionales, que requieren de aprobación consensuada del Consejo Europeo. Su proyección militar exterior ha sido hasta hace poco la que tienen sus principales Estados miembros, y muy en concreto Gran Bretaña y Francia, y se ha manifestado

¹³ El Tribunal Penal Internacional puede juzgar a personas físicas, pero no jurídicas, y las empresas transnacionales no son responsables jurídicamente de tener que aplicar los Derechos Humanos, mientras que los Estados sí, al menos en teoría.

¹⁴ A finales de los noventa se crea el Global Compact, una política de lavado de imagen corporativo, en el que las principales transnacionales del mundo utilizan el marchamo todavía positivo de NNUU para ensalzar su política en el campo ambiental y social.

¹⁵ EEUU, Canadá y países europeos occidentales, a la que más tarde se suma Turquía.

prioritariamente en el África francófona, y recientemente en el Índico. Pero esto cambiará seguramente tras la aprobación definitiva del Tratado de Lisboa, que sí permite en determinadas condiciones la creación y operación de una dimensión militar de la propia UE, o de una mayoría amplia de sus Estados.

En definitiva, a finales del siglo XX, Occidente controlaba las únicas proyecciones exteriores de poder militar de carácter interestatal y supraestatal, o “regionalizaciones estatales en lo militar”, pues la propia Rusia ni siquiera controlaba ya la CEI (Comunidad de Estados Independientes), que se creó para que el Oso Ruso “protegiera” a sus miembros. Muchos de estos habían establecido ya contactos con Occidente, para garantizar su “protección”. Pero esta situación va a experimentar cambios muy importantes en el siglo XXI, no solo por la irrupción de Bush, sino principalmente por la creciente cristalización de un capitalismo multipolar, donde las tensiones y rivalidades intercapitalistas se multiplican, sobre todo en torno al control de los combustibles fósiles, y en el que se gestan nuevas agrupaciones interestatales en materia militar que ya no controla Occidente, como la Organización de Cooperación de Shangai (OCS)¹⁶, p.e. El contrapunto a la OTAN en Oriente. Al tiempo que la propia OTAN está en trance de una expansión global. Pero sobre todo ello volveremos más adelante, al analizar la Crisis Global actual.

Globalización, metropolización y nueva gobernanza estatal y subestatal

La intensificación de la globalización capitalista en las últimas décadas ha implicado un fuerte auge de los procesos de metropolización, como ya vimos. Lo cual ha repercutido también en las formas y estructuras de gobierno estatal. El Estado no solo se estira hacia arriba, a través de los procesos de “regionalización” interestatal y supraestatal que hemos comentado, sino que también se ha extendido hacia abajo, desde las crisis de los setenta, principalmente, a través de dinámicas de metropolización o “regionalización” subestatal (Brenner, 2003). En los últimos treinta años, observamos una paulatina creación de niveles de gobierno metropolitano-regionales, deslocalizándose hacia estos niveles administrativos gran parte de las tareas del Estado, incluso en los más centralistas. En el nuevo capitalismo global las regiones metropolitanas cobran un renovado protagonismo, pues es la forma principal de territorialización de las dinámicas capitalistas, aparte de que muchas metrópolis crecen intensamente, especialmente en el Sur Global. Y es por eso por lo que el gobierno de estos monstruos espaciales requiere del desarrollo de nuevos ámbitos institucionales entre el Estado y lo local (el nivel municipal), que anteriormente no existían (salvo en los Estados federales), o que en todo caso operaban tenuemente o como un agregado del nivel local. Por otro lado, el nivel local se ve fuertemente afectado también por la desarticulación y abandono del mundo rural. Pero la cristalización de esos nuevos niveles de gobierno metropolitano-regionales deriva en muchos casos en la creación de entes subestatales que tienen casi la importancia de algunos Estados, y que en cualquier caso termina siendo decisivo su concurso para la gobernabilidad del propio Estado central. Todo ello va a derivar en nuevas relaciones del Estado con el territorio sobre el que ejerce su poder, nuevas reagrupaciones de lo local al calor de la plasmación del nivel metropolitano-regional, nuevos tipos de instituciones estatales y subestatales como parte de las políticas de Contrarreforma Neoliberal, así como del desarrollo de las Nuevas Tecnologías de la Información y Comunicación (NTIC), y en definitiva nuevas formas de lo que se ha venido a llamar “gobernanza” en relación con la dimensión económica y social, e incluso militar y securitaria del Estado. Una nueva forma de gobierno en la que la comunicación con lo

¹⁶ La OCS se crea en 2001, y sus Estados miembros son la República Popular China, Rusia, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán, y en la actualidad existen otros cuatro con status de observadores: Pakistán, India, Irán y Mongolia.

social, y a su vez su implicación y desarticulación antagonista cobran una importancia central. En definitiva, la desestructuración y cooptación de la “sociedad civil”, para avalar y gestionar las políticas neoliberales (Pastor, 2007 b; García, 2009)

De esta forma, y en paralelo a ese reescalamiento (hacia arriba) y desescalamiento (hacia abajo) del Estado, observamos un considerable cambio en las estructuras institucionales que están siendo afectadas de lleno, a pesar de su fuerte inercia organizacional, por un proceso más generalizado de concreción de estructuras organizativas más flexibles y menos burocráticas. Se está creando una nueva geografía del poder en el que los centros institucionales controlan sus periferias organizativas con menos capas intermedias de burocracia. Una estructura en red, que posibilita el flujo y manejo de información de forma más masiva, y a su vez descentralizada, gracias a las NTIC, pero organizada, eso sí, a partir de nodos centrales fuertes. Y que se garantiza, no lo olvidemos, con un creciente consumo de energía eléctrica, que se obtiene fundamentalmente a partir de la energía fósil (carbón y gas natural, principalmente), y en bastante menor medida, a escala global (no estatal), a partir de otras energías (nuclear, hidráulica y otras renovables); sin embargo, en Francia, p.e., gran parte de su energía eléctrica es de origen nuclear, y en Noruega, p.e., es casi exclusivamente de origen hidráulico, pero son casos muy singulares, y la media mundial es la señalada.

En suma, se está desarticulando en gran medida la jerarquizada y espesa “Jaula de Hierro” weberiana que comentábamos al principio del texto, característica del tipo de instituciones, estatales y empresariales, que predominaban a comienzos del siglo XX, y que perduraron hasta los setenta, reforzándose en el camino (Sennett, 2006). Esta dinámica es muy clara en las organizaciones empresariales, pero también está afectando ya a las propias estructuras estatales. Pero esa dinámica para nada significa una dispersión del poder. Ahora las nuevas burocracias estatales concentran más poder, al tiempo que cada vez más se descomprometen o se niegan a hacerse responsables de los ciudadanos; lo mismo que las empresas en relación con sus trabajadores. Incluso el Estado precariza cada vez más su propia fuerza laboral, frenando la funcionarización. De esta forma, los principales resortes de poder del Estado permanecen en el nivel central (Ejército, Policía, Fiscalidad, Política Económica, Política Exterior, Gran Política Infraestructural, Política Cultural estatal, Política de Inmigración estatal, etc.), mientras que se delegan hacia los niveles metropolitano-regionales, más vinculados a la problemática territorial específica, las políticas concretas para hacer dichos espacios más competitivos en el marco de la globalización del capital. Con el objetivo principal de atraer inversiones internacionales. Aspecto clave, a su vez, para el equilibrio exterior de las cuentas del Estado. E igualmente, se va deslocalizando cada vez más hacia las estructuras metropolitano-regionales la gestión de la nueva dimensión social del Estado, redefinida por la Contrarreforma Neoliberal.

La nueva dimensión social del Estado pasa a estar cada vez más dominada por la lógica mercantil y financiera. En ámbitos como la Sanidad, la Educación y las Pensiones, las decisiones las toman progresivamente grandes actores privados. Pero la mercantilización no sólo significa que el acceso a estos servicios públicos va a ser diferencial, dependiendo del poder adquisitivo del “ciudadano”, sino que se busca al mismo tiempo dividir al cuerpo social. Los escalones más bajos de la pirámide social son los que “disfrutan” de un servicio “público” de peor calidad, aparte de que bastantes van quedando poco a poco excluidos de ellos, por las nuevas normativas o, en ocasiones, por el precio a pagar. En el caso de las Pensiones, las nuevas políticas privatizadoras, aparte de favorecer descaradamente la lógica de los mercados financieros, buscan enfrentar entre sí a las cohortes poblacionales jóvenes con las más mayores. Al “comunicar” a los trabajadores más jóvenes que el sistema es insostenible en el medio y largo plazo, y que su contribución actual tan sólo

beneficiaría a las generaciones de más edad, pero no a ellos. Y que, por tanto, los trabajadores jóvenes es mejor que suscriban un plan privado que complemente la escuálida pensión pública que les quedará, si es que el Estado no quiebra antes. De esta forma, se está minando la viabilidad de toda la estructura del sistema de pensiones, pues se retiran las aportaciones de los más jóvenes que contribuyen a la viabilidad del pago a los mayores.

Pero lo mismo observamos en la Sanidad, cuando se nos “comunica” que el coste público sanitario está sobrecargado por una población envejecida y por el tratamiento a los inmigrantes, y que por eso es “conveniente” la aseguración privada, pues además la sanidad pública “universal” no hace sino disminuir en calidad. E igual lógica opera en el sector de la Educación, la enseñanza “pública” acaba siendo el estercolero adonde acuden los más pobres, marginados y conflictivos, y principalmente la población inmigrante, mientras que los sectores de mayor poder adquisitivo pueden huir hacia otra Educación de mayor “calidad”, mediante el pago de una cantidad adicional, mayor o menor, según el caso. De esta forma, se va creando una conciencia en las generaciones más jóvenes de que, en la actual jungla del asfalto, es conveniente que ellos mismos velen por sí mismos, por sus intereses, y que se desliguen de los de sus mayores, como hace el propio Estado, al tiempo que sutilmente se estigmatiza a los viejos (¿la nueva política poblacional?). A ellos, a los trabajadores jóvenes, se les dice, que les atenderá mejor el Mercado, cuando les llegue el turno. Y el Estado vela desde ahora porque así sea. Por eso se desgravan fiscalmente las aportaciones a los planes de pensiones privados, o se hacen obligatorios en determinados tramos, para regocijo de los principales agentes financieros, que intentan atraer además a los particulares con promesas de revaloraciones sin fin de sus ingresos. De esta forma, los planes de pensiones privados son ya una de las fuentes principales de recursos financieros para los mercados de capital. Pero esa mentalidad personalista y privatizadora, esa mentalidad burguesa de pequeño propietario y especulador, se va creando también con la nueva política de vivienda, donde se favorece especialmente la vivienda en propiedad, en contra de la vivienda pública en alquiler, con el gancho igualmente de revalorizaciones sin tregua de la propiedad inmobiliaria. Esa era la promesa hasta la llegada de la actual Crisis Global. Finalmente, la mercantilización y privatización de la enseñanza superior abre un nuevo y suculento negocio no solo a los actores privados que la proporcionan, sino a las entidades financieras que dan abundantes créditos para que los alumnos puedan acceder a Masters que los diferencien del simple licenciado en la universidad pública, cuyo título ya no vale nada en un mercado sobresaturado de profesionales. Y es una vía más de endeudamiento de las familias, o de los futuros licenciados.

Sin embargo, en la gestión de la dimensión social del Estado, aparte del papel de las ONGs que ya hemos comentado, cabría incluir también la administración de sociedades urbano-metropolitanas crecientemente multiétnicas y multiculturales, sobre todo en los espacios centrales. Y como parte de esa gestión, los procesos de segmentación y segregación de los diferentes colectivos sociales entre sí, incluso de la propia “clase media” autóctona, así como el fomento de organizaciones de inmigrantes, y atracción de las mismas hacia la órbita del Estado, a partir de pequeñas ayudas monetarias que se distribuyen con estas lógicas. Aquí nos encontramos con que son sobre todo las entidades metropolitano-regionales las que acometen principalmente esta gestión de la nueva complejidad de lo social, a través de políticas clientelares que buscan legitimar las instituciones con el reparto de las migajas de los fondos públicos. Y ello se hace al mismo tiempo que se estigmatiza y se agudiza la represión sobre “el otro”, que se convierte en un ciudadano de segunda categoría, si tiene la suerte de tener “papeles”, y en un apestado, sujeto potencial de expulsión en cualquier momento, si tiene la desdicha de ser un “sin papeles”. Es decir, un ser “ilegal”, de acuerdo con las nuevas y duras políticas migratorias que han establecido

los Estados centrales en los últimos años. Esta es la forma también en que el Estado intenta ganarse la confianza de la población autóctona más desfavorecida por las nuevas dinámicas de la “globalización”, que tiene que convivir con la población inmigrante en sus propios barrios. Los ricos y las clases medias altas viven en barrios donde el precio de la vivienda es la principal barrera para la presencia de “los otros” como vecinos. Pero eso sí, “los otros” (y en concreto “las otras”) acuden diariamente para atender a sus niños y ancianos, o a limpiar sus casas.

Por otro lado, apuntar brevemente los cambios profundos que se han ido produciendo en las últimas décadas del siglo XX respecto a las políticas militares y securitarias, y su relación con la nueva gestión de lo social en los países centrales, principalmente. Los ejércitos se han profesionalizado intensamente, por el rechazo social generalizado al servicio militar, y por el hecho igualmente de que los nuevos escenarios bélicos se definen por una creciente complejidad tecnológica y armamentista. Además, los nuevos ejércitos profesionales de los países centrales cada día tienen más inmigrantes en sus filas, que son los que cada vez más mueren en las operaciones externas de los mismos. Las intervenciones en el exterior se llegaron a justificar en los noventa en base a “intereses humanitarios”, tras el fin de la Guerra Fría. En suma, el Ejército uno de los pilares claves antaño del Estado-nación, encargado de defender la Patria en caso de peligro, por la que había que perder la vida en sus filas para garantizar su integridad y soberanía, ha pasado a ser una institución que se intenta vender a la llamada “opinión pública” casi como una ONG, y además los que en la práctica “defienden” a la Patria son los que no son miembros de ella. Por otro lado, en el ejercicio del monopolio de la violencia en el propio territorio, el papel reservado en teoría a la policía, asistimos en las últimas décadas a una proliferación de las policías privadas de toda índole. La seguridad se ha convertido en un negocio descomunal del nuevo capitalismo neoliberal, y un sector altamente precario y mal pagado para sus trabajadores. Pero también ha existido un interés directo del Estado en implicar al ciudadano medio en las políticas securitarias, a través de distintas vías (denuncias de delitos, colaboración con la policía de proximidad en los barrios, colaboración en el control e impermeabilización de los muros contra la inmigración, etc.), con el fin asimismo de reforzar su adhesión a las instituciones. Y todo ello antes del giro militarista, antiterrorista y securitario tras el 11-S, cuando estas políticas se refuerzan intensamente, y se orientan aún más hacia el Mercado, pero con fondos públicos. Pero todo ello implica un gasto de “seguridad” interior y exterior estatal en aumento, incrementado abruptamente tras el desplome de las Torres Gemelas, que se ha podido mantener hasta la llegada de la Crisis Global, pues el crecimiento económico nutrió también las arcas del Estado.

Finalmente, decir que en general la situación en los países del Sur Global es otra muy distinta. El Estado carece de los medios e instrumentos de gestión complejos de lo social, aparte de que la dimensión de los problemas sociales es infinitamente mayor en las metrópolis del Sur Global. Los sectores acaudalados protegen sus barrios con policía propia, e incluso las clases medias altas. El resto de los espacios metropolitanos es un territorio cada vez más hostil, sin ley, y en especial sus inmensos barrios de infravivienda, donde se almacena el grueso de la población y proliferan las pequeñas y grandes mafias y las bandas incontroladas de jóvenes varones. Sin embargo, en las últimas décadas, y también como parte de los Programas de Ajuste Estructural, el BM diseñó ciertos instrumentos de intervención, a aplicar también por ONGs, para penetrar mediante medidas mínimas de integración “ciudadana” en esos complejos territorios de marginación social, con el fin fundamentalmente de desactivar otros modelos de autoorganización de lo social, y como mecanismo también de control social. Los Estados respectivos participaban en el acompañamiento de esas medidas, y algunos las han desarrollado más intensamente, con fines también clientelares y legitimadores. Al tiempo que, en paralelo, reforzaban también policial y hasta militarmente sus intentos de control de esos territorios, que escapan a su dominio o

autoridad. Por otro lado, en los territorios rurales en la Periferia observamos en muchos casos la proliferación de grupos paramilitares, y verdaderos ejércitos mercenarios en ocasiones, allí donde el Estado es incapaz de controlar su territorio, organizados por los grandes actores empresariales, foráneos o autóctonos, que operan en los mismos, para proteger sus propiedades e instalaciones. E incluso para ampliar el control sobre el territorio, expulsando a las poblaciones que los habitan.

En suma, al alborear el siglo XXI nos encontrábamos, por un lado, con que las distintas sociedades mundiales habían perdido la capacidad para gobernarse a sí mismas. Mucho más que a comienzos del siglo XX. De esta forma, la complejidad del mundo y los fuertes intereses en juego en el nuevo capitalismo global, han propiciado y obligado la extensión del Estado a todo el planeta. Y así, hoy en día, los territorios del mundo en que sus sociedades todavía se gobiernan a sí mismas, sin concurso del Estado, son los pocos mundos al margen del mismo que aún subsisten dentro de territorios estatales. Algunos de los mundos indígenas y campesinos, y poco más. Y aún así, se encuentran acosados y amenazados por la intervención del Estado y del Mercado. Por otro lado, a pesar de la bruma de aparente *glamour* creada por la Sociedad de la Imagen en la Aldea Global, incapaz de disimular u ocultar un mundo de extremas desigualdades, las formas de gobierno estatal se estaban enfrentando ya con muy serios problemas, sobre todo en los espacios periféricos, donde su crisis era más manifiesta al acabar el siglo. La legitimación de los Estados estaba en general en entredicho, y muchos de ellos estaban profundizando su crisis como resultado de las dinámicas del capitalismo global. Es por esto por lo que cobra toda su relevancia la llamada Paradoja de Offe, reflejada en una cita al principio de este texto: “El capitalismo no puede coexistir con el Estado del Bienestar, pero tampoco puede existir sin él”, y por ello se ve obligado a desarrollar una especie de “Estado residual de Bienestar mínimo”, bastante mayor (por ahora) en los espacios centrales que en los periféricos, pues le va su propia vida en ello.

Por último, resaltar que al final del siglo XX las confrontaciones entre el mundo occidental y los mundos periféricos iban en ascenso, en concreto con el mundo islámico, siendo Occidente el que más claramente estaba caminando hacia el Choque de Civilizaciones sobre el que había alertado el conservador Huntington (1997), a principios de los noventa¹⁷. Su creciente sed de crudo le había hecho embarcarse en una política crecientemente intervencionista en Oriente Medio, y la política proisraelí de EEUU, como cabeza de puente occidental en la región, le estaba enajenando el apoyo de las sociedades musulmanas, y soliviantando especialmente a la “calle árabe”. Esta era (y es, o mejor dicho se la ha convertido en) la región más conflictiva del mundo, pues no en vano se encuentran en sus entrañas las principales reservas de oro negro del mundo. Dos terceras partes de las mismas. El nuevo siglo se iba a abrir pues con una situación de desorden e incertidumbre, que se acelera tras los atentados del 11-S, y se acentúa con la Crisis Global, y que nos recuerda en parte al periodo en que surgió el Estado moderno entre los siglos XIV y XVII. Pero con diferencias sustanciales en la actualidad, como veremos al abordar la actual Crisis Global, y los escenarios que se pueden abrir como resultado del inminente declive energético. El creciente uso de energía fósil, en los más de doscientos años de

¹⁷ De acuerdo con la interpretación de Huntington, asesor del Departamento de Estado de EEUU y del Pentágono, en el futuro existirán grandes zonas de choque entre las placas tectónicas que definen las distintas civilizaciones, desde el punto de vista cultural y religioso. Una visión un tanto simplista, pero que resalta la importancia de las dimensiones cultural y religiosa en el nuevo capitalismo global. Huntington define ocho grandes grupos de sociedades: el occidental (católico y protestante), el musulmán, el chino, el japonés, el hindú, el cristiano ortodoxo, el latinoamericano y el africano. Según él, el más reticente a aceptar los valores occidentales es el Islam, aunque oculta que ha sido quizás el mundo más sometido y humillado en los últimos tiempos, así como estigmatizado históricamente desde Occidente.

Sociedad Industrial, ha sido la savia que ha hecho factible la extensión mundial y complejización del Estado moderno hasta sus niveles actuales. Es por ello que la decadencia energética fósil puede profundizar aún más la crisis de la forma Estado que tan solo era incipiente en el tránsito al nuevo milenio, así como abocar a un previsible colapso estatal y civilizatorio en el medio plazo.

Madrid, noviembre, 2009



Bibliografía

ARRIGHI, Giovanni: **“El Largo Siglo XX”**. Akal (Cuestiones de Antagonismo). Madrid, 1999.

ARRIGHI, Giovanni: **“Adam Smith en Pekín”**. Akal (Cuestiones de Antagonismo). Madrid, 2007.

BELL, Daniel (1976): **“El Advenimiento de la Sociedad Postindustrial”**. Alianza Editorial. Madrid, 2006.

BRENNER, Neil: **“La Formación de la Ciudad Global y el Reescalamiento del Espacio Estado en la Europa Occidental Postfordista”**. En Eure (Santiago de Chile), mayo, 2003.

CARPINTERO, Oscar: **“El Poder Financiero de los Grandes Grupos Empresariales. Los Nuevos ‘Creadores’ de Dinero”**. En Aguilera, Federico y Naredo, José Manuel: **“Economía, Poder y Megaproyectos”**. Fundación César Manrique (Economía y Naturaleza). Lanzarote, 2009.

CHASE-DUNN, Christopher y REESE, Ellen: **“Global Party Formation, in World Historical Perspective”**. Network Institute for Global Democratización. 2006.

DOMINGO, Andreu: **“Descenso Literario a los Infiernos Demográficos”**. Anagrama. Barcelona, 2008.

EISLER, Riane: **“El Cáliz y la Espada. Nuestra Historia, Nuestro Futuro”**. Ed Cuatro Vientos. Santiago de Chile, 2003.

FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón: **“De la CEE a la UE ‘superpotencia mundial’ (Roma, 1957-Lisboa, 2007)”**. www.ecologistasenaccion.org 2007

FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón: **“Tercera Piel, Sociedad de la Imagen y Conquista del Alma”**. 2009 www.ecologistasenaccion.org

FOUCAULT, Michel: **“Bio-histoire et Bio-politique”**. En Foucault, M.: **Dits et Ecrits II, 1954-1988**. Quarto, Gallimard. París, 1976.

FUKUYAMA, Francis: **“El Fin de la Historia y el Último Hombre”**. Planeta. Buenos Aires, 1992.

GARCÍA, Guillermo: **“La Gobernanza: el “buen gobierno” neoliberal”**. En Revista Sistema, nº 212. Septiembre, 2009.

GOWAN, Peter: **“La Apuesta por la Globalización”**. AKAL (Cuestiones de Antagonismo). Madrid, 2002.

HOLLOWAY, John: **“Cambiar el Mundo sin Tomar el Poder. El Significado de la Revolución Hoy”**. El Viejo Topo. Barcelona, 2002.

HARVEY, David: **“Breve Historia del Neoliberalismo”**. AKAL (Cuestiones de Antagonismo). Madrid, 2007.

HUNTINGTON, S. P.: **“El Choque de Civilizaciones y la Reconfiguración del Orden Mundial”**. Paidós, Barcelona 1997.

JESSOP, Robert (2002): **“El Futuro del Estado Capitalista”**. Libros de la Catarata. Madrid, 2008.

KLEIN, Naomi: **“La Doctrina del Shock: El Auge del Capitalismo del Desastre”**. Paidós. Barcelona, 2007.

KOTHARI, Rajni: **“La Agonía del Estado Moderno”**. En Rahnema, Majad y Bawtree, Victoria. “The Postdevelopment Reader”. Zed Books. London, 2001.

LASCH, Christopher: **“La Rebelión de las Elites. Y la Traición de la Democracia”**. Paidós, 1996.

LOPEZ PETIT, Santiago: **“Por una Política Nocturna”**. En “¿Izquierdas ? Materiales para una Reflexión”. Archipiélago, nº 45. 2001.

LOS AMIGOS DE LUDD: **“Las Ilusiones Renovables. La Cuestión de la Energía y la Dominación Social”**. Murreko Burutazioak. Bilbo, 2007.

MEADOWS, D., et al: **“Los Límites del Crecimiento”**. Fondo de Cultura Económica. México, 1972.

NAREDO, José Manuel: **“Por una Oposición que se Oponga”**. En ¿Izquierdas? Materiales para una Reflexión, Archipiélago, nº 45, 2001.

MOORE, S.W.: **“The Critique of Capitalist Democracy”**. Paine Whitman. Nueva York, 1957.

NEGRI, Antonio: **“El Poder Constituyente. Ensayo sobre las Alternativas de la Modernidad”**. E. Libertarias. Madrid, 1994.

OFFE, Claus: **“Contradictions of the Welfare State”**. Hutchinson. Londres, 1984.

O’CONNOR, James: **“La Crisis Fiscal del Estado”**. Editorial Península. Madrid, 1981.

PASTOR, Jaime (2007 a): **“Globalización”, “Nuevo Imperialismo” y “Choque de Civilizaciones”. Un Balance de los Principales Análisis y Discursos sobre el Actual (Des)Orden Global”**. VIII Congreso Español de Ciencia Política y de la Administración, sept.,2007. <http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php>

PASTOR, Jaime (2007 b): **“Economía política de la “globalización”, militarismo y procesos de ‘desdemocratización’ vs. Redemocratización”**. Comunicación presentada a la XV Semana de Ética y Filosofía Política. Madrid, 2007.

POSTONE, Moishe: **“Marx Reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo”**. Traficantes de Sueños (bifurcaciones). Madrid, 2007.

QUIJANO, Aníbal: **“Coloniality of Power”, Eurocentrism and Latin America”**. En Nejpantla: Views from the South. Vol. 1, Issue 3. Duke University Press. 2000.

ROTH, Kart Heinz: **“El Estado del Mundo. Contraperspectivas”**. Traficantes de Sueños. Madrid, 2007.

SENNETT, Richard: **“La Cultura del Nuevo Capitalismo”**. Anagrama. Barcelona, 2006.

SOROS, George: **“La Crisis del Capitalismo Global. La Sociedad Abierta en Peligro”**. Ed. Debate. Madrid, 2002.

TAYLOR, Steve: **“La Caída. Indicios sobre la Edad de Oro. 6000 Años de Locura y el Despertar de una Nueva Era”**. Ediciones La Llave. Vitoria, 2008.

VIRNO, Paolo: **“Gramática de la Multitud. Para un Análisis de las Formas de Vida Contemporáneas”**. Traficantes de Sueños. Madrid, 2006.

WACQUANT, Loic: **“El Encierro de las Clases Peligrosas en EEUU. Del Estado Social al Estado Carcelario”**. En Le Monde Diplomatique, agosto, 1998.

WALLERSTEIN, Emmanuel: **“Capitalismo Histórico y Movimientos Antisistémicos”**. AKAL (Cuestiones de Antagonismo). Madrid, 2004.